

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 34 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA

Algunos diarios extranjeros, y aun algunos españoles, desmenten, ó á lo menos, ponen en duda el desagradable incidente ocurrido entre el Padre Santo y el barón de Meyendorff, encargado de Negocios de Rusia cerca de la Santa Sede, de que hemos hablado en días anteriores. Ese incidente es, sin embargo, muy cierto, y hoy podemos añadir algunos pormenores que lo confirman y ponen a la vez más de manifiesto la insensata conducta del representante moscovita.

Estos pormenores los encontramos en una correspondencia dirigida desde Roma al *Catolique de Bruselas*, de la cual tomamos el siguiente trozo:

«Habiendo dicho el Sr. Meyendorff, refiere el correspondiente, que Polonia continuaba ocasionando embrazos al Gobierno ruso, y que el Clero católico, sobre todo, se mostraba hostil al Imperio, el Papa le hizo observar que, sin embargo, el Gobierno ruso había obrado con entera libertad en la elección de los Obispos católicos; que el Obispo de Chelm, por ejemplo, y el de Varsovia habían sido propuestos por el Gobierno del Czar; que los católicos no tenían la culpa de que hoy, ese mismo Gobierno, no mirase bien al Obispo de Chelm, de que hubiese desterrado al Arzobispo de Varsovia y á su Vicario capitular, y últimamente de que el Cabildo, en fuerza de sus deberes, resolviera nombrar otro Vicario capitular.

El Sr. Meyendorff respondió insolentemente que si su Gobierno se había engañado al elegir éstos personajes encontrándolos después indignos, también el Papa se había engañado en otras ocasiones y que siempre estaba mal informado respecto de los asuntos de Polonia.

Pío IX, reprimiendo la indignación que tal lenguaje hacía experimentar á su clase apostólica, replicó dulcemente que la cuestión no versaba sobre si la corte de Roma estaba bien ó mal informada, ni si él, el Vicario de Jesucristo, se había ó no engañado. Que el conjunto de los hechos presentes y los que vienen sucediéndose hace ya mucho tiempo, probaban que Rusia se afanaba con una perseverancia inextinguible á destruir el Catolicismo en el reino de Polonia.

El diplomático ruso lleno de cólera exclamó:—La Revolución es lo que Rusia se afana por destruir, y no es culpa nuestra si la Revolución y el Catolicismo son una misma cosa.

Entonces Pío IX, levantándose de su asiento con un aire de dignidad suprema, dijo con frialdad:—Señor barón, yo tengo hecha vuestra Emperador todas las consideraciones y miramientos que los Soberanos deben guardar entre sí. Se dice que es tolerante, pero su tolerancia raya hasta permitir que su representante me insulte en mi misma presencia.... Salid.»

Los detalles tan minuciosos que en esa correspondencia se relatan y el crédito de que goza el correspondiente, prueban la certeza de esa escandalosa escena.

Otro diario, el *Memorial diplomático*, da un resumen del lenguaje imprudente usado por el encargado de Negocios de Rusia, que le envían de Roma. «La Santa Sede ha sido causa de la persistencia del movimiento insurreccional de Polonia. Si el Padre Santo hubiera intervenido en un principio, la insurrección hubiera carecido de alimento moral... En fin, el Catolicismo ha servido en esta circunstancia á la causa de la revolución.» Tal fué el sentido, según las noticias del *Memorial diplomático*, de las palabras pronunciadas por el barón de Meyendorff. Como se ve, ambas versiones concuerdan en el fondo y se confirman mutuamente.

Se saben los motivos que impulsaron al diplomático ruso á expresarse de una manera tan descompuesta. Se le había prevenido por su Gobierno que se opusiese por todos los medios posibles á la presentación de monseñor Ledochowski para la silla de Posen. La falta de éxito que habían tenido sus intrigas le habían puesto furioso temiendo el desagradable imperial.

La cooperación ofrecida por Napoleón III al Papa para facilitar el alistamiento de voluntarios y la organización de su ejército, resulta ser verdadera y eficaz. Pruébalo entre otras cosas la siguiente carta publicada por casi todos los diarios franceses é italianos, carta que ha sido dirigida por el comandante de la subdivisión de Argel al comandante del sexto batallón de la legión extranjera de Blidach. Esa comunicación que cuenta ya algunos meses de fecha está concebida en los siguientes términos: «Mi querido comandante: S. E. el gobernador general ha manifestado al comandante general de la provincia, que el Emperador ha propuesto la creación de un cuerpo compuesto de uno ó dos batallones, destinado á atender á la seguridad personal del Padre Santo cuando salga de Roma la división francesa de ocupación.

Este cuerpo que irá á dar la guarnición en Roma, será costeado por el Gobierno pontificio, con arreglo á las dotaciones de los regimientos franceses residentes actualmente en los Estados de la Iglesia, y gozará de las demás ventajas y derechos que tienen estos señalados.

El ministro desea que se invite desde luego á los soldados de vuestro batallón, que tengan voluntad de engancharse, sin distinción de nacionalidades, entendiéndoles de los pactos de enganche, y advirtiéndoles que el tiempo por el que se engancharon en Italia, se les abonará para la licencia absoluta en nuestro ejército.

Los que se enganchen, deberán tener buena hoja de servicios, y alistarse á lo menos por tres años.

Me remitiréis sin demora la nota de los que deseen alistarse.»

El furor con que esta carta, al ser conocida, ha sido acogida por la francmasonería y los revolucionarios de todo linaje, no es para contar. Todos ven que los vientos la son muy contrarios para arribar al objeto final de sus malvados designios: á Roma, esto es, á la capital del mundo cristiano, creyendo, insensatos, que destruido el poder temporal conseguirán aniquilar el Catolicismo que está sostenido por la omnipotente mano de Dios.

TELEGRAMAS.

PARIS, 30.

La *Patrie* dice que la fragata blindada *Huescar*, que el Perú hizo construir en Inglaterra, será internada en Brest, á donde arribó, hasta que sea terminada la cuestión entre España y el Perú.

La Cámara de diputados y el Senado nombrarán el jueves próximo la comisión del mensaje.

PARIS, 30.

Hoy al cerrarse la Bolsa quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 225; el 3 por 100 portugués á 45 3/4; el cambio sobre Lisboa á 539; el 3 por 100 italiano á 62 3/4; el crédito territorial francés á 1,315; el crédito mobiliario francés á 862; el español á 433; el ferro-carril de Sevilla á Jerez á 00, y el del Norte de España á 177.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 33 3/8, y en Amberes á 33 3/4.

NUEVA-YORK, 20.

El Senado ha desechado la proposición de romper las relaciones diplomáticas con Inglaterra.

Los rumores de modificación ministerial son desmentidos oficialmente.

PARIS, 31.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 34 1/4; el exterior, á 00 0/0; la diferencia, á 00 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 68-62 1/2, y el 4 1/2 á 98.

LONDRES, 31.

Los consolidados ingleses quedaban de 86 3/4 á 78.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 1.º DE FEBRERO DE 1866.

ESTUDIO

sobre la historia económico-política de España.

XV.

VERDADERAS CAUSAS

DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVII.

Vicios de nuestra constitución económica.

En el tercer artículo, al tratar del renacimiento de la industria en la Edad media, hicimos constar la poderosa influencia que ejerció en su desarrollo el principio de asociación, suscitado y dirigido por la Iglesia, á cuya sombra se organizaron los gremios.

Sin embargo, surgieron en el régimen gremial abusos y vicios muy funestos con el tiempo para la industria.

Fué el primero el principio de monopolio, cuya introducción se explica fácilmente atendidas las condiciones en que nacieron los gremios. La tendencia natural de estas corporaciones al monopolio se vio alentada por su carácter de privilegiadas, pues hubo de concedérselas necesariamente privilegios en aquella época en que no se hallaba todavía establecido en los códigos el derecho común, la ley general.

Harto vulgares son las fatales consecuencias del monopolio en la suerte de la industria, para que hayamos necesidad de exponerlas. Para que el industrial se consagre asiduamente á la fabricación y perfeccione sus géneros y comunice en fin á la producción un vigoroso impulso, es indispensable que se vea en la necesidad de atraer á los consumidores por la bondad, por la superioridad de sus productos. Desde el instante en que otorgándole el monopolio se le asegura la venta, desaparece el incentivo de los perfeccionamientos, y la fabricación languidece en la rutina y en la desidia.

El segundo vicio de la legislación industrial fué el sistema reglamentario.

También hemos manifestado en el citado artículo III que aquella política industrial no revela menor moralidad, como falsamente se ha supuesto, sino plausible deseo de evitar el fraude. Mas por laudable que sea este sentimiento de honradez industrial que le inspiraba, es evidente que aquel sistema constituía una traba funesta para el desarrollo de la industria. Reglamentando hasta los pormenores más insignificantes de la confección, como hicieron las ordenanzas gremiales, no es posible su progreso, porque

este requiere una fabricación libre que permita variarla á cada instante, ensayando y aplicando toda clase de mejoras y perfeccionamientos.

A pesar de ser tan numerosas las trabas con que las ordenanzas gremiales entorpecían la fabricación, según el autor de una *Historia de las clases obreras*, M. Cellier, «la libertad del trabajo no fué generalmente recibida por los obreros, sino de mala voluntad, porque á sus ojos esta libertad no solamente era la anarquía sino el aislamiento.»

Y tan grande juzgan, sin duda, el vacío que la desaparición de los gremios ha dejado, que varios economistas, como Sismondi y Lafarelle, han propuesto ya el restablecimiento en principio del antiguo régimen, más ó menos modificado, ora como medio de prevenir el fraude, ora para remediar las tristes consecuencias del aislamiento, ó con propósitos no menos plausibles.

Mas no porque las antiguas corporaciones satisficieran legítimas exigencias, á que sólo la asociación puede subvenir, debe desconocerse que entrañaban otros principios fatales para la industria.

Para la vida y desarrollo de esta es indispensable la libre concurrencia y la libre fabricación. Para que las corporaciones no contraríen, antes bien favorezcan la prosperidad, es necesario establecer el principio de asociación bajo la base de la libertad industrial. Tal es la sabia política seguida por nuestro eminente Pontífice Pío IX, al reorganizar en sus Estados las antiguas asociaciones en el *motu proprio* de 1832.

De los vicios del régimen gremial es completamente irresponsable la Iglesia. A la Iglesia sólo pertenece la gloria de haber iniciado el movimiento de asociación, y de aceptar y favorecer ese principio cuya fecundidad tanto ensalzaron los modernos economistas.

No desconocemos los peligros y los males de la libertad industrial. Sabemos que la emulación noble y fecunda con que el fabricante debe procurar atraer al consumidor por la preferencia de sus productos, puede degenerar y degenera, por desgracia, en el arte de estafarle con las falsas apariencias de sus géneros. Mas la única fuerza que puede oponerse á esa tendencia al fraude, hija de la corrupción humana, es la influencia del Cristianismo eficaz y sinceramente promovida. En balde la sabiduría humana torturará su ingenio para suplir con artificios legales. Sus leyes y sus reglamentos ahogarán el desarrollo de la industria como en los tiempos pasados, y serán impotentes para conseguir lo que radica en la naturaleza humana sólo de la eficacia sobrenatural de la religión puede esperarse.

Esto lo ignoraban nuestros gobernantes, y en particular los procuradores á Cortes que, lejos de remediar el mal, no cesaron de importunar á los Reyes con sus pretensiones contrarias al libre ejercicio de los ministerios industriales; pues el pueblo, cuyos clamores repetían, estaba obstinado en creer que las fábricas de España perecían por falta de cuidado y podían salvarse multiplicando los reglamentos (1).

No se encontró el comercio interior en condiciones más favorables de desarrollo que la industria.

Del comercio exterior no puede decirse seguramente que se vio impedido por las trabas de la escuela proteccionista. Dictáronse, sí, disposiciones en tal sentido, pero escrita está con dolorosa evidencia en nuestra historia económica una libertad del comercio exterior tan amplia como funesta para la producción indígena. Fué precisamente una de las causas principales de nuestra ruina.

No sucedía lo mismo con el comercio interior, con el comercio que debiera haber gozado de grandes franquicias y libertades.

Dificultábase primero la multitud de aduanas y portazgos, que continuaron entorpeciendo la circulación de los productos indígenas por toda la Monarquía, con grave detrimento de productores y consumidores. «Debiéndose contemplar para las aduanas toda España un pueblo, de-

(1) Colmeiro, *Historia de la Economía política*, tomo II, pág. 239.

El Sr. Colmeiro cita varios ejemplos «para disculpar en gran parte al Gobierno de su manía reglamentaria», así como las Cortes se disculpan con el ejemplo de todas las naciones industrializadas de la Europa en el siglo XVI. Estaba tan arraigada la opinión de que las artes y oficios necesitaban gremios y ordenanzas gremiales para florecer, que no sólo pensaban así los Reyes, las Cortes, el Consejo y los políticos de otros tiempos, sino también los mismos interesados en conservar su libertad.»

Sin embargo, debía ser más laxo el sistema reglamentario en las naciones extranjeras, porque Moncada, Cavallos y otros políticos se quejan de que las Pragmáticas sobre la fabricación se ejecutaban en las mercaderías de los pobres españoles, ahogados por leyes, ordenanzas, denuncias y castigos, mientras que los extranjeros trabajaban libremente, sin veedor ni examen, las mercaderías que introducían en España. Lo mismo asegura D. Juan Antonio de los Heros en su obra sobre el comercio, publicada en el tomo XXVI del *Semanario Erudito*.

cia Ulloa (*Restablecimiento de las fábricas y comercio español*, lib. I, cap. 7.), hallamos, según la práctica de ellas y de los lugares, que cada aldea es una soberanía independiente, que pretende con gabelas, portazgos y derechos municipales, embarazar el tráfico, el comercio y salida de los frutos y materiales de la aldea vecina, sin que alcancen al remedio las justas providencias dadas por S. M. en varias órdenes.»

Uníase la falta de vías de comunicación en cuya consecuencia, decía el mismo autor (capítulo 9) «unos pueblos ven perecer á otros por falta de lo que á ellos sobra y no los pueden socorrer porque los portes hacen subir tanto el precio los géneros que es lo mismo carecer de ellos que tenerlos á precio que no los pueden alcanzar, y así se valen de lo que viene fuera del reino.... al mismo tiempo que el pueblo que abunda perece por no hallar comprador para sus frutos, y venderlos á tan bajo precio que no remedió la necesidad, ni aquella baratura pudo comunicarse á los pueblos distantes.»

Entorpecían también el comercio las trabas de reglamentos tan proliferos que descendían á ordenar, á veces, pormenores insignificantes de su ejercicio, hasta disponer, por ejemplo, cómo habían de medirse y venderse los paños y sedas al aire y sobre una tabla.

Por último, fué asiduamente perseguida la regatería, y en general vejado el comercio por menor, sin el cual no es posible prosperar el por mayor; siendo también en esto «los procuradores á Cortes intérpretes de los deseos del vulgo y quienes precipitan al Gobierno en el camino del error y le acusan de flojedad y descuido. (Colmeiro, tomo II, pág. 267.)» Las vejaciones comenzaron en las Cortes de Briviesca de 1387 y fueron extensivas á toda la Monarquía.

Por último, no bastando para impedir la carestía de los productos las providencias tomadas contra los revendedores, á quienes acusaban de encarecer las mercaderías agaviándolas, empleó otro medio aún más funesto, que afectó en general á toda la producción indígena: tal fué la tasa.

Desconociase entonces en España como en el resto de Europa, y lo mismo que en la Edad media y en el Imperio romano, que los precios de los productos están determinados por leyes económicas independientes de la voluntad de los Soberanos; y creíase que era una vía expedita de procurar la baratura, y con ella el bienestar general, que la autoridad mandase vender barato.

Consecuencia de esta creencia general, aparece la tasa en la Edad media, como medida de la policía de abastos en los fueros municipales del siglo XI.

No tardó la ocasión de palpar sus perniciosos efectos. La *Cronica de D. Alonso el Sabio* refiere que las consecuencias de los cotos y posturas establecidas por dicho Rey, en el ordenamiento de las Cortes de Sevilla en 1292, fueron tan deplorables que hubo necesidad de abolir las tasas y de mandar que en adelante las cosas se vendiesen libremente.

Tan provechosa elección se olvidó en breve, y un siglo después las Cortes de Valladolid (1531) tasaron, en el ordenamiento de menestrales, todas las labores comunes y encargaron á las justicias de los pueblos que tasaran las omitidas en el arancel. Pueblo y Gobierno persistieron en el error, aquel reiterando las peticiones dirigidas á este propósito, y este repitiendo sus disposiciones, y la tasa se fué arraigando y extendiendo hasta publicarse en 1680, de acuerdo con el Consejo de Castilla, dos larguissimos aranceles comprensivos de 3,800 artículos, donde todo fué tasado hasta los potones, clavos, espuelas, escudillas, etc.

Fatales fueran las consecuencias de la tasa para la agricultura, y no faltaron escritores que las expusiesen.

Sancho de Moncada se quejaba ya en su citada *Restauración política* (disc. VII, cap. I) de que la tasa legal impedía que los granos se vendiesen por su valor natural, por lo que, dice, «muchos labradores dejan la labranza porque se pierden en ella en años estériles y en abundantes más; porque les cuestan los peones y todo lo necesario para la labor caro y después no gastan los frutos, y se les pierden, y por esto suelen dejar el pan y frutos por cojer; y sienten mucho que les obliguen á dar al mismo precio el trigo de sesenta y el de ciento veinte libras; y que habiéndolo trabajado ellos y costados á 100 reales la fanega les obliguen á darla por 18 reales.»

Navarrete, en su *Conservador de Monarquías* (disc. 59), decía también: «El labrador queda muy agraviado en comprar todo lo que ha menester á precios excesivos, sin poder desagraviarse en los frutos que están atados

«con tasa» y comprendía que «si el labrador se alentase con la esperanza de poder reparar los daños de la adversa cosecha y de la carestía, y de todo lo que compra con poder subir el precio de sus frutos, se animaría á sembrar, y de que resultaría abundancia, y ella misma bajaría los precios.»

Tan grave y notorio llegó á ser el daño que hasta el Consejo de Castilla lo conoció, y propuso á Felipe III en la consulta de 1619, como medio de restaurar la agricultura, «que el labrador no tuviese tasa para vender el pan de su cosecha.» Mas el Consejo trató de remediarlo cuando ya los lugares estaban yerros, los vecinos huidos y ausentes, y los campos desiertos.

Los perjuicios de la tasa no son peculiares de la agricultura, por lo cual no hemos hablado de ella antes, al tratar de esta en particular, sino que son extensivos á la producción en general.

Es una de las leyes económicas fundamentales que para el desarrollo de la producción, decimos mal, para que la producción tenga lugar es indispensable que el precio obtenido por la venta de los objetos resarza al productor de su coste y le remunere su trabajo. Sin esta condición, cómo es posible que nadie consagre á la producción su trabajo ni su capital? Pues este es el principio funestamente infringido por la tasa en España en los siglos pasados.

Cuando diversas circunstancias (que en el siguiente artículo expondremos) concurrían á elevar legítimamente los precios, nuestros antepasados se obstinaron en establecer la baratura á viva fuerza, mandando vender barato; sin comprender que la baratura sólo puede esperarse de la abundancia, y que nada hay más opuesto á la abundancia que la tasa. La tasa, sobre ser absurda, pues los precios varían legítimamente á cada momento, estando constituidos por elementos móviles que no pueden apreciarse en leyes generales, tenía que ser ruinosa. La consecuencia era inevitable. Desde el instante en que la tasa legal bajaba el precio del producto al punto de no resarcir su coste, ni remunerar su trabajo, había de cesar naturalmente la producción.

En España tuvo que ser mucho más funesta que en el resto de Europa, por efecto de las circunstancias especiales que, decimos, hicieron aquí legítima una subida general de precios mucho mayor que en las demás naciones.

En circunstancias normales debe suponerse que el precio legal es suficiente para resarcir al productor del coste y del trabajo de los objetos, en cuyo caso no impide la producción. Pero en España, en tiempo de la dinastía austriaca, el efecto de la tasa fué, no ya impedir una ganancia usuraria (que es el objeto de su establecimiento), sino bajar los precios de los tipos necesarios para la producción, pues para la retribución del trabajo y reintegro del capital consagrado á este objeto hubieran tenido que crecer sobremanera.

NARCISO MUÑOZ DE TEJADA.

Cada día se va presentando más clara la disidencia de una parte de los ministeriales en las dos cuestiones que hoy llaman la atención general: la del reconocimiento del titulado reino de Italia, y la que podemos denominar de orden público.

Acercá de la primera decía el Gobierno en el discurso de la Corona:—«Este reconocimiento no ha podido menos de ser mi firme propósito de mirar por los derechos que asisten á la Santa Sede.»

El Senado casi ha repetido las mismas frases; pero la comisión del Congreso ha sustituido las palabras: «derechos que asisten á la Santa Sede», con las de «poder temporal de la Santa Sede.»

La *Patria*, diario unionista, publica anoche sobre esta sustitución de la comisión del Congreso, un artículo lleno, por lo general, de sentido común, haciendo ver que la comisión y el Gobierno deben estar en el fondo de acuerdo; pero como la *Patria* no puede desconocer que á pesar del deber de este acuerdo, los verdaderos unionistas, los legítimos intérpretes del vicarismo, ó por razón, ó por instinto rechazan el párrafo de la comisión como hostil al ministerio, empieza á sospechar que la Unión liberal no es lo que ese mismo periódico creía.

Léanse con atención los siguientes párrafos: «de manera que, al hablar la comisión del Congreso del poder temporal de la Santa Sede, nos hablar por decirlo así, de lo excusado, y pugna indirectamente con el Gobierno de la Reina de España y con la conciencia y la tradición de la Unión liberal...»

¿Es esto así? ¿Puede ser esto así? Pues si por alguien se cree y se siente así esta cuestión, que se diga, que se confiese resueltamente y de una vez que la Unión liberal no es un partido conservador, sino un radicalismo hipócrita, un protestantismo vergonzante, y nos entenderemos definitivamente. Que

se diga que el reconocimiento del reino de Italia no ha sido lo que los unionistas cándidos creímos que fué, es decir, la aceptación de un hecho consumado, ante el que enmudecían las grandes potencias de Europa y cuyo reconocimiento oficial, sobre ser un alarde de ridícula impotencia en nosotros, era un insuperable obstáculo para la armonía de nuestras relaciones políticas con el mundo y para la actividad de nuestros obligados esfuerzos por el bien de cuanto se refiere al Pontificado. Que se diga, en fin, que la Unión liberal ha venido al poder para olvidar, menospreciar y desconocer lo que diez y seis millones de españoles reverencian, lo que la revolución más radical respetaría en España, lo que forma y ha de formar, mientras queramos ser nación, nuestro lazo social supremo; y cuando esto se diga y se declare en nombre de la Unión liberal, los que no hemos sido, ni somos, ni seremos nunca unionistas de tales propósitos, no apresuraremos a librar a esa gran partido reformista de nuestro pobre oscurantismo y de nuestro liberalismo católico; y se deslindarán los campos, y se hará la luz, puesto que, según parece, es necesario que la luz se haga.

Quien así habla da muestras, en efecto, de ser un escritor honrado, de abrigar excelentes intenciones; pero también de merecer el dictado que a sí propio se da de *unionista cándido* hasta dejarse caer la candidez a pedazos.

Se figura la buena *Patría* que el reconocimiento de Italia ha sido un hecho indiferente y aun conveniente al Catolicismo?

¡No sabe que esto que es la Unión liberal, es todo el liberalismo condenado por la Santa Sede? ¡Ahora se desayuna, ó se merienda, (porque la *Patría* sale de noche) con que la Unión liberal ha venido al poder para olvidar, menospreciar ó desconocer lo que diez y seis millones de españoles reverencian? ¡Qué atrasados están estos liberales católicos!

También *La Epoca* defiende a la comisión del Congreso; también se extraña de que no seene bien en oídos españoles una palabra favorable al poder temporal de la Santa Sede; también se empeña en hacer creer que entre lo dicho en el discurso y lo dicho en el mensaje no hay más que una paráfrasis; también aboga por que no se escaseen palabras cuando se trata de endulzar la situación del *augusto Jefe del Catolicismo*. ¡Ah! Buenas son las palabras; pero a las obras, no a las palabras, hay que atenderse. Buenas son las palabras; pero la retirada de nuestro embajador de Florencia sería un hecho más elocuente que todas las oraciones de Demóstenes y Cicerón. Buenas son las palabras; pero sería mejor el ofrecimiento de unos cuantos miles de soldados españoles a la Santa Sede. Buenas son las palabras... Pero no: todas las palabras nos parecen malas, como no expresen clara y terminantemente que España reprueba el reconocimiento.

En la sesión del 8 de Enero próximo pasado, dijo el Sr. Posada Herrera, contestando al señor Nocedal:

«El Gobierno, a pesar de estos sucesos, seguirá la misma política y hasta los mismos principios que en la última legislatura ha tenido la honra de exponer aquí a los señores diputados.»

Los unionistas echan en cara ahora al ministro de la Gobernación, que los proyectos de modificación de la ley de imprenta y de asociaciones públicas, no suponen la misma política, ni representan los mismos principios del ministerio en la anterior legislatura, y arguyen al señor Posada Herrera con sus palabras en la citada sesión.

Estos infelices, pusilánimes y pacaos ministeriales, ni siquiera saben serlo, pues si no, en el mismo, mismísimo discurso del ministro de la Gobernación, hallarían que en la lucha del principio de autoridad contra la rebelión, «las armas han sido distintas, según los tiempos y las circunstancias.»

¡Estamos! El día 8 de Enero eran unos tiempos, y el día 29 otras circunstancias. Por eso las armas tienen que ser distintas.

Y si no se justifica así el Sr. Posada Herrera, ¿cómo se ha de justificar la Unión liberal de las circulares del mismo y del Sr. Negrete, del reconocimiento de Italia, del 10 de Abril y de la reposición del Sr. Castelar?

¡Los tiempos y las circunstancias! Estos son los principios *fijos* del vicarismo. Fijos como las circunstancias y los tiempos.

Siguen pronunciándose contra el ministerio, algunos periódicos ministeriales en la cuestión de los proyectos de ley relacionados con el orden público.

La Razon Española echa en cara al Sr. Posada Herrera, su inconsecuencia: *El Eco del País*, a semejanza de *La Política*, se extraña de que los proyectos hayan venido a la chita caíandina, sin previa noticia de los ministeriales.

Esta ha sido, en efecto, una falta garrafal del ministerio. Si hubiese anunciado algo a los periódicos de la comunión, se hubieran podido preparar para el cambio habiéndonos acerca de los tiempos y las circunstancias. Pero dejar que los defensores del Gobierno hablen del *crítico de la libertad*, para cerrarles la boca con el *crítico de la reacción*, y querer que bruscaamente cambien de bisesto, es realmente mucho exigir.

El Eco del País dice además cosas muy buenas. Por ejemplo, sin nombrarlo, hé aquí lo que dice de *El Diario Español*, que sigue callando como un muerto:

«Guardar silencio como lo hacen nuestros colegas de la Unión liberal, nos parece una conducta que no tiene objeto, porque ese silencio podría interpretarse como una censura indirecta, ó como falta de valor

para exponer opiniones que en todo caso deben ser libres. Importa poco ese silencio tímido, que ni siquiera es diplomático, y que en esta ocasión puede parecer más elocuente para el público y más perjudicial para el Gobierno, que la más enérgica censura.»

El Eco del País, por último, levanta la bandera de ADELANTE, y eso con letras gordas, que es como hay que escribir para que los liberales lo entiendan.

La Verdad defiende los proyectos del Gobierno.

Verdad pura. Esto de *Verdad pura* es un anacronismo, porque ya no son progresistas puros los redactores de *La Verdad*.

De la misma manera que lo declaró el Gobierno ayer tarde en el Senado, han venido anunciando también los periódicos de Valladolid, que los sucesos de esta capital ocurridos el sábado último no reconocían por causa sino las circunstancias mercantiles por que ha atravesado aquella población, y que carecían consiguientemente de importancia alguna política. Esto, no obstante, y según el relato hecho por la *Crónica mercantil*, ya en los días anteriores al del suceso se había observado que grupos de jóvenes imberbes recorrían las calles gritando y molestando a los vecinos; en la noche del sábado se dieron voces subversivas por los mismos jóvenes, a los cuales se unieron inmediatamente hombres ya más talladitos del pueblo; después un pelotón de 500 alborotadores se volvió contra los agentes de la autoridad, que querían imponerles silencio y orden; y por último, habiendo emprendido la marcha con dirección a la plaza de las Angustias y situándose el pueblo soberano, como si dijéramos, frente al círculo de Calderón, volvió a dar gritos, unos de carácter político y otros de *tendenciamosocial*, al mismo tiempo que descargaba una lluvia de piedras sobre los pobres serenos refugiados en el indicado círculo.

Afortunadamente bastó la presencia de la autoridad superior de la provincia y de alguna fuerza de la Guardia civil, en el sitio del tumulto, para que este se apaciguase, y los alborotadores corrieran desbandados. Por ahora no entraremos en consideraciones sobre este suceso, que tiene su origen, como todos los de su especie, donde nosotros sabemos; limitándonos a insertar la alocución que el gobernador de Valladolid ha mandado fijar en las esquinas:

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE VALLADOLID.

«Ayer, en ocasión de hallarse la música del Hospicio tocando frente a la Casa Consistorial, en celebración del feliz alumbramiento de S. M. la Reina (que Dios guarde), algunos bedos, a los que se reunieron varios muchachos, promoviéron en voces subversivas alarmando a los pacíficos concurrentes, que estaban allí celebrando el fausto acontecimiento que ha llenado de júbilo a la nación entera.

Desde el punto referido se dirigió el grupo por las calles de Platería y Cantarranas al teatro de Calderón, aumentándose con algunos curiosos y continuando en sus gritos, que llevaban también la alarma a los moradores de las calles por donde transitaban.

Inmediatamente me presenté con alguna fuerza de la Guardia civil, y al primer toque de corneta se disolvió el grupo, dispersándose con precipitación en todas direcciones los que le componían, y restableciéndose en el acto la calma por breves momentos interrumpida.

Tal es la verídica relación de todo lo ocurrido anoche, que me ha parecido conveniente hacer saber al público a fin de que evitándose absurdas versiones y comentarios, y apreciando los hechos en su debido valor, recobre la calma convencido de que los sucesos referidos carecen de importancia y de que las autoridades veían por la tranquilidad de una población que tantas pruebas de sensatez y cordura ha dado en las últimas circunstancias que hemos atravesado.

Al propio tiempo, y con el fin de evitar males que pudieran surgir, he dispuesto hacer las prevenciones siguientes:

- 1.ª Las patrullas y dependientes de mi autoridad disolverán los grupos que impidan ó dificulten el tránsito por las vías públicas.
- 2.ª Las personas borrachas evitarán la permanencia en estos sitios donde de cualquier manera se altere el orden a fin de no ser confundidos con los revoltosos.
- 3.ª Los padres de familia y encargados de menores ó estudiantes procurarán tenerlos recogidos y evitarán que vaguen por las calles, dando margen a que se les tenga por alborotadores.
- 4.ª Los dueños de establecimientos públicos cuidarán bajo su más estrecha responsabilidad de que en ellos haya el orden debido y de cerrarlos a las horas que les marque la autoridad local.
- 5.ª Las patrullas y dependientes de mi autoridad detendrán a las personas que de noche transiten por las calles después de las horas en que ordinariamente se retiran los habitantes de esta población, hasta que justifiquen el motivo de su salida.

Creo firmemente asegurado el orden para no volver a turbar. Si así no fuese, si aun hubiera alguna cosa que tratara de alterarlo, tengo adoptadas las medidas más enérgicas, para desbaratar todos sus planes de tal manera y con tal rapidez, que antes que el delito se sabría la represión.

Valladolid puede descansar tranquilo en el celo y energía de sus autoridades, así como estas lo esperan todo de la acrisolada lealtad de sus habitantes.

Valladolid, 28 de Enero de 1886.—José Gallostra.

A falta de noticias del Pacífico que comunicar, sin que podamos darnos razón de esa falta, después de haber llegado hace tres días a Southampton la mala inglesa, varios periódicos discurren hoy acerca de nuestra situación en aquellos mares, no ocultando alguno de los diarios ministeriales que la cuestión hispano-

chilena ha adquirido de poco tiempo a esta parte una gravedad inesperada.

Consiste esta en las consecuencias que empieza ya a experimentar nuestra marina mercante, y por consiguiente nuestro comercio en su parte mejor y más principal, el comercio con América.

La interrupción de relaciones entre España y el Perú aument. la gravedad. Verdad es que aunque esta república haya declarado la guerra a España, como se decía días pasados, y forme alianza descubierta con Chile, como hasta ahora la ha formado quizá encubierta, no por eso nuestra escuadra sería impotente para vencer a las dos escuadras juntas de las repúblicas siempre rivales y hoy amigas, pero sí hay que temer de la astucia de un enemigo débil que en casos de apuro no reconoce medio alguno indigno ni indecoroso.

Lo cierto es que Chile y el Perú, a pesar de sus escasas fuerzas marítimas, se han propuesto causarnos el mayor daño posible con el menor riesgo por su parte, y han apelado, según parece, al medio de enviar algunos corsarios a los mares de España, que amenazando apresar a los buques mercantes que lleguen a su vista, logran infundir la alarma en nuestros armadores y retener en sus puertos a algunos de aquellos, con grave perjuicio de nuestros intereses comerciales, especialmente con América.

Dícese que el Gobierno ha tomado ya algunas medidas para atajar el mal, enviando algunos buques de guerra que persigan a aquellos y los obliguen por lo menos a alejarse de nuestras costas; pero si esto no basta, es preciso adoptar otros medios; armar en guerra, si es necesario, algunos vapores mercantes capaces de hacer ese servicio; obrar, en una palabra, con toda la energía que las circunstancias exijan, a fin de evitar una doble crisis que venga a aumentar la que ya experimenta nuestro comercio hace algunos meses.

Por lo que hace a nuestra conducta en el Pacífico, necesario es también adoptar una política enérgica que conduzca por los medios más breves a una reparación completa de nuestra honra, ultrajada por naciones descontentas, y acabar pronto, muy pronto, con cuestiones enojosas, que con más energía y más previsión se pudieron evitar, haciendo imposible su reproducción.

He aquí las principales noticias que encontramos en varios periódicos:

«Según las versiones de los círculos más autorizados las únicas noticias anticipadas al Gobierno por el telegrama, con referencia a la mala del Pacífico, son que nuestra escuadra se halla reconcentrada en tres puntos, Valparaíso, Coquimbo y Caldera. No había habido encuentro con buques enemigos ni dirigidos todavía ataques contra los puertos.»

Esta noticia y el silencio del telegrama, después de la llegada de los correos a Southampton y Saint-Nazaire, confirman las sospechas que a su tiempo manifestamos acerca de la autenticidad de la carta que apareció días pasados en *La Corona* de Barcelona, y que fué reproducida por todos los periódicos de Madrid:

«Los diarios de Barcelona llegados hoy, dicen que el comercio de aquella plaza, y sobre todo los navieros, estaban un tanto alarmados, notándose señales evidentes de ello en la hora de la Bolsa; y que la noticia que ha corrido de que habían salido de los puertos de Inglaterra dos ó tres corsarios chilenos con objeto de apresar buques mercantes españoles.»

Un diario de la situación censura enérgicamente la actitud de la Inglaterra en nuestras cuestiones del Pacífico. Sus periódicos, dice, no se atreven a patrocinir el cobarde atentado de que fué víctima la *Covadonga*; pero además del *Eagle*, armado en corso con la tolerancia, si no la protección del Gobierno británico, ya habrá salido de Liverpool el *Huascar* y al propio tiempo se arman con idéntico objeto en Glasgow otros dos buques corsarios por cuenta de Chile.

Dicen los periódicos franceses que una cañonera peruana, blindada y montada por 420 hombres, a las órdenes del capitán Salavay, ha entrado en el puerto de Brest, preparándose a partir en seguida al Pacífico. Este buque debe ser uno de los que se vienen citando estos días.

Leemos en *La Correspondencia*:

«El Gobierno, según hemos oído, ha enviado terminantes instrucciones al Sr. Méndez Núñez, jefe accidental de nuestra escuadra en el Pacífico, fijándole la conducta que debe seguir ante las nuevas complicaciones que han surgido en aquellos mares. El señor Méndez Núñez parece que es por lo tanto quien está encargado de hacer sentir a Chile y al Perú los efectos de la indignación nacional antes de regresar a España.»

«Los buques chilenos y peruanos no se atreven a afrontar combate alguno con los españoles, y esperan refuerzos para poder emprender algún movimiento, pues parece que es grande su impaciencia.»

Ha llamado la atención de varios periódicos no unionistas el suceso que en uno de sus últimos números insertaba *El Diario Español*:

«Podemos asegurar de la manera más autorizada y terminantemente, decía este papel, que el Gobierno no ha pensado en un sólo momento en reorganizar el ejército como falsamente se ha dicho estos días. Pueden hacerse economías, y se harán en efecto, pero sin tocar a los actuales cuadros ni disimularlos en una sola de las plazas reglamentarias de jefes y oficiales de que hoy se componen, y cuyo número es necesario no sólo para el mejor servicio del Estado sino para producir en las escalas un movimiento regular y ordenado y bastante a satisfacer las aspiraciones nobles y legítimas de los que consagran su vida al servicio de la patria.»

Nos parece muy natural, y sobre todo, muy prudente que este órgano del ministerio se exprese así.

Hoy se tienen noticias detalladas y positivas de las fuerzas que entraron con Prima en Portugal. Acompañaban a este el brigadier Milans, 21 oficiales superiores, 37 subalternos y 638 soldados. Hasta ahora se había dicho que eran menos. Las autoridades portuguesas han mandado internar los soldados a Vidasnovas y Cascaes, y los oficiales a Lisboa, Setubal y otros puertos de mar.

Dice un periódico: «Ha llegado a esta corte el Sr. Heredia, coronel del extinguido regimiento de lares de Bailén. Viene dispuesto a sujetarse al juicio de los tribunales para justificar su conducta y dar al Gobierno todas las explicaciones que le pida. El Sr. Heredia acabó la caja de su cuerpo después que los insurrectos le hicieron fuego, matando dos caballos de los individuos que le acompañaban: al hablarle en nombre de la Reina le respondieron a tiros: mandó a la vanguardia del general Zavala en la columna expedicionaria, siguiendo a los insurrectos hasta la frontera lusitana.»

En la tarde del 26 llegaron a Badajoz 11 prisioneros procedentes del regimiento sublevado (y ya extinguido) de Calatrava.

Se les condujo al cuartel de caballería llamado de la Bomba.

Segun partes oficiales, a la fecha de 11 de Enero próximo pasado, continuaba sin alteración el orden público y era satisfactorio el estado sanitario de la isla de Puerto-Rico.

Parece que el designado para ocupar el gobierno de Granada, vacante por salida del Sr. Mazo a otro destino, es el Sr. Gallostra, actual gobernador de la provincia de Valladolid.

El lunes, a las diez de la mañana, el M. I. señor doctor D. Rafael Martínez, dean de la santa iglesia catedral de Segorbe, tomó posesión de la silla episcopal en nombre del Ilmo. señor doctor D. Joaquín Hernández y Herrero, dignisi no Prelado de aquella diócesis.

El acto estuvo concurridísimo por las personas más distinguidas de la población, a las que previamente una comisión las fué invitando.

Ha sido nombrado por el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de la diócesis de Cartagena, Capellán de la iglesia de Santo Domingo de aquella ciudad el joven Sacerdote D. Romualdo Saura.

Mañana se celebrará en todas las iglesias de Madrid la solemne función de la bendición de las velas que el ritual de la Iglesia previene el día de la Purificación de Nuestra Señora. En la Capilla Real, a las once, tendrá lugar esta festividad, a pesar de que la corte no asistirá con motivo del parto de S. M. la Reina, ni habrá por la tarde capilla pública.

Con profunda pena participamos a nuestros lectores que el día 15 del actual, a las siete de su mañana, falleció el reverendo Padre Fray Diego Burruago, ministro y procurador general de la Orden de trinitarios calzados, consultor de la Sagrada Congregación de Propaganda fide, y secretario general de la caritativa Obra de la Santa Infancia en Italia.

En la Ciudad Eterna se ha sentido mucho su muerte, porque el Padre Burruago era el amparo de multitud de familias en ella residentes.

De esperar es que Dios habrá premiado sus heroicas virtudes y su celo por la Iglesia católica, apostólica, romana.

El desgraciado que en una de las noches de la semana última dio voces subversivas en la plaza de la Villa le hirió de un costado a un guardia civil que se hallaba de decaen y quería prenderle; fué juzgado por un Consejo de guerra, como lo habíamos dicho, y sentenciado a la pena capital. Puesto en capilla a las cuatro de la tarde de ayer, oyó con cristiana resignación la lectura de la fatal sentencia; luego hizo testamento, dejando encargada una Misa a la Virgen de la Esperanza, otra a San José y la cuarta parte de las limosnas que se recojan, para su mujer, y por último se preparó a morir ejecutando actos de un buen cristiano.

A la madrugada de ayer el capellán de la cárcel D. Agustín Crespo dijo la Misa de costumbre, administrando la sagrada Comunión al reo, que recibió este augusto Sacramento con ejemplar fervor, después de haber permanecido toda la Misa de rodillas y con los brazos cruzados. A pesar de que casi no había tomado alimento alguno, y de pasar la noche en continuo insomnio, conservó su entereza hasta el último instante, bajando con paso firme la escalera y subiendo solo al coche celular, en el que ha sido trasladado al sitio fatal.

Desde el carruaje pidió perdón al público, pero los Sacerdotes que iban con él le hicieron reconvenir su atención en las imágenes de Jesús y la Virgen, que llevaba en la mano. Dentro del cuadro, en el mismo sitio donde fueron juzgados los dos sargentos de Alcaide, pidió agua, se apodó y rogó al piquete de cazadores de Cataluña que le apuntaran, men y le dieran la gracia de la muerte. Así lo hicieron, pues cayó a la primera descarga. Así como se haya apañado de este infeliz gran número de personas acudieron en seguida a or la Misa que después de estos terribles dramas se celebra en Santa Cruz.

Entre doce y una del día de antes de ayer ha estado a punto de ser asesinado el señor D. Francisco Sapina y Rico, juez de primera instancia del distrito de la Latina. El suceso ha ocurrido en el mismo local del juzgado, en ocasión que el señor don Francisco se hallaba despatchando con el notario señor Montoya, y lo hemos oído referir del siguiente modo:

«Hallándose despatchando el Sr. Sapina con el indicado notario, previo aviso de un portero entró en el juzgado un individuo llamado Fernando Samillan, el cual hizo la pregunta al juez de en qué estado se hallaba su negocio. Pero como después de haber sido contestado observara el Sr. Sapina que el litigante no se marchaba, según estaba firmando levantó la cabeza para decirle si se le ocurría alguna otra cosa y vió que el último sacó un revolver de debajo de la capa, y que le apuntaba, dándole tiempo levemente para poner a cubierto su cabeza con la mesa y decir al notario que exigiera al cual hombre, que tenía un arma en la mano, lo cual fué ejecutado con tanto acierto por el Sr. Montoya, que en el acto se volvió, dió un golpe en el brazo al agresor, lográndole desarmar.»

Instantáneamente se dió principio a instruir la correspondiente causa, por el decano de jueces señor don Gregorio Rozalén y el actuario Sr. López.

El criminal ha sido conducido a la cárcel. A los anteriores detalles que han publicado varios periódicos, podemos añadir: que el procesado manifestó en seguida que no tenía resentimiento alguno de el Sr. Sapina, puesto que apenas le conocía y únicamente se quejaba de que no le hubiesen hecho entrega de sus documentos y se demorase mas de lo conveniente este acto.

Se advierte, pues, desde luego, que este infeliz parece algún extravió en su razón; creyéndose con este

motivo que muy pronto se hallará terminada tan notable causa.

Dice un periódico que en algunos países extranjeros han sido declarados beneméritos de la patria los cuerpos de Sanidad civil y militar por los servicios que han hecho al país durante la epidemia cólera que devastó algunas de las provincias de aquel reino.

Y en España ¿qué recompensa han obtenido los cuerpos facultativos de beneficencia hospitalaria y dominiaria, que no han cedido a los de algun otro país en la puntualidad y el esmero con que prestan sus auxilios a los enfermos cólericos?

Hácese grandes elogios del valor con que cuatro guardias civiles del tercio de Madrid prestaron sus auxilios y hasta sacaron de entre las llamas a varias personas en el incendio del almacén de maderas de la calle de Quirón, acerca del cual dimos algunas noticias tres días a.

Un periódico denuncia a la autoridad del teniente-alcalde del distrito de la Aduana, los escándalos que todas las noches tienen lugar en la calle del mismo nombre, y merecen ser reprimidos con mano fuerte en cualquier población culta y mortificada.

Nosotros recomendamos a la vigilancia de cualesquiera dependientes de la autoridad superior la calle de San Pedro Mártir, junto a la plaza del Progreso, donde desde luego aseguramos que se escandaliza más y se ofende a la moral pública más descaradamente que en la calle de la Aduana, ni en algun otro punto de Madrid.

Un periódico de noticias da anoche la sensible de que por el Consejo de Guerra celebrado en esta plaza han sido sentenciados a la última pena siete individuos. Parece que el Excmo. señor capitán general se ha conformado con aquel fallo respecto a uno de los reos, cuyo nombre no queremos revelar por no ser los primeros en dar tan infausta nueva a aquel desgraciado. En cuanto a los seis restantes, y a causa de la disidencia indicada, será llamado a resolver sobre su suerte el Supremo Tribunal de Guerra y Marina.

Hoy debe habersalido para París la señora marquesa de los Castillejos, viaje que prueba que no piensa en general Prim, como se ha dicho, permanecer en Portugal y si trasladarse, según unos, a Inglaterra, según otros, a Italia. Parece que la marquesa de los Castillejos se propone abandonar definitivamente a Madrid y fijar su residencia fuera de España.

Ayer mañana, al ejecutarse la terrible sentencia en la persona de José Bernal, se sintió tan conmovido uno de los soldados del batallón cazadores de Arapiles que formaban el cuadro, que fué víctima de un accidente y le retiraron en muy mal estado, pero recobró luego el sentido y pudo continuar en las filas.

Hoy se esperan en Madrid los señores Abisbur, Piria y Valdegamas, que vienen del Perú, donde como ya saben nuestros lectores ejercían la representación diplomática de España.

La afligida señora esposa del capitán de infantería Sr. Espinosa, sujeto al consejo de guerra como complicado en la sedición militar ya so-locada, parece que ha dirigido dos sentidas y reverentes solicitudes, una al presidente del Consejo de ministros, y otra a S. M. la Reina, por conducto de S. M. el Rey, pidiendo el perdón y el indulto para su marido, en el caso de que este sea sentenciado a la última pena por el tribunal militar que le juzga.

Los paltanos complicados en la causa formada a los dos sargentos que fueron detenidos en la redacción de *El Pueblo* hace algunos días, parece que han sido sentenciados a siete años de presidio.

El señor marques de Alcañices, grande de España de primera clase, senador del reino y alto funcionario de Palacio, ha fallecido. Rogamos a Dios tenga en descanso su alma.

La imprenta periódica de Francia en 1.º de Enero de 1886 tenía 337 periódicos políticos, 63 en París y 274 en los departamentos. En 1.º de Enero de 1886 había el mismo número de periódicos políticos en París, pero en los departamentos sólo era de 247. Los periódicos no políticos eran en 1.º de Enero de 1886 de 511 en París y de 250 en los departamentos. En el mismo día de 1886 había 703 en París y 604 en los departamentos.

En la noche del 25 al 26 del actual han sido robados los capillos petitorios de la iglesia parroquial de San José, de la Coruña, algunas comodas y alajas que existían en la sacristía de dicho templo, siendo sustraídos también unos dos mil quinientos reales próximamente, todo por dos jóvenes de diez y seis años cada uno, que habían quedado dentro de la iglesia al hacerse la requisia nocturna. Los criminales fueron inmediatamente capturados, y se pudo rescatar por fortuna casi la totalidad del dinero.

Es verdaderamente lamentable la frecuencia con que se repiten estos sacrilegios en un país católico. Pero qué extraño es esto, cuando se han permitido tantos otros sacrilegios en tierras de molde?

A las diez de la mañana del 28 al pasar el tren por Ocaña, kilómetro 16 de la línea del interior, atropelló a una niña como de unos ocho años de edad, magullándola y fracturándole el pie derecho, la biendola causada además una fuerte contusión en la cabeza.

La causa parece que fué por haber querido ella atravesar la vía en el momento preciso de pasar el tren sin que ni el maquinista ni el conductor hubieran podido evitarlo.

Unas veces por la inadvertencia de las víctimas, otras por la de los empleados y maquinistas de los ferro-carriles, lo cierto es que las desgracias se producen cada vez con más frecuencia, siendo raro el día que no tenemos que lamentar alguna ó algunas en las diferentes vías férreas que cruzan nuestro territorio.

Leemos en un periódico:

«Sin embargo del bando repetido que trata de las cubatas urbanas establecidas en las calles de la capital, todos los días se ven los dependientes del municipio en la enojosa precisión de proceder contra alguna persona que infringe la citada disposición; y lo que es peor aun, hay quien se resiste ó insulta a aquellos, por cuyas causas se ven precisados a llevarlos a la prevención.»

Resabios de diferentes épocas en que todo ciudadano se crea libre de hacer lo que le acomode, si quiera no estuviere conforme con las leyes en general y los reglamentos de policía urbana, en particular.

Desde hace pocas noches, por orden de la autoridad competente, los cafes y demás establecimientos análogos, que se cerraban a las doce, se cierran a la una de la noche, y las tabernas a la hora que previenen las ordenanzas municipales para esta estación, es decir, a las once.

Leemos en *La Esperanza*:

«A los que nos vengán hablando de la dicha que gozaron los habitantes de los Estados Unidos y de la seguridad personal de que disfrutaron los que vivían bajo el régimen de la República modelo, bueno sea presentarles la estadística criminal del año último pasado.»

Los atentados contra las personas pasaron de 53,911. Los niños abandonados y recogidos por la policía pasaron de 6,000.

Sin embargo, nuestros liberales seguirán asegurando que la sociedad europea debe aspirar a alcanzar el grado de perfeccionamiento que ha logrado la dirigida por el incomparable Johnson.

Se han puesto á la pública veneración las imágenes de Santa Rosalía y el Santo Cristo de la Agona en la iglesia parroquial de San Luis de esta corte, y sabemos también que se están construyendo los cuatro Evangelistas para ser colocados en los ángulos de la media naranja.

El día 2 de Febrero próximo se celebrará en la iglesia de San Cayetano una función solemne á la Virgen Santísima en el misterio de la Purificación. Por la mañana habrá Misa mayor con panegírico, y por la tarde, después de completas, se hará procesión con la imagen de Nuestra Señora por el ámbito del templo, cantándose por un escogido coro de profesores letanía, Salve y villancicos.

Un periódico de Bombay anuncia la muerte de lord Eduardo Seymour, joven diplomático inglés que había viajado átomamente por América y Asia. Era hijo segundo del duque de Somerset, y sólo tenía 23 años, habiendo fallecido á consecuencia de un accidente de la caza. El día 13 de Diciembre último, se hallaba en unión de varios amigos suyos, en las orillas del Kala-Nuddy cuando bafíos, cuando de pronto apareció un oso enorme sobre el que apenas pudo Seymour disparar un tiro con su carabina. Gravemente herida la fiera, se lanzó hacia su enemigo, rodando émbos por la ladera de una montaña. Transportado al joven á una casa inmediata, amputándole una pierna y un brazo; pero murió á consecuencia de la dolorosa operación quirúrgica. Encontraron muerto al oso pocos días después, todo cubierto de puñaladas, que sin duda le asedió el joven al rodar envuelto con él al fondo del precipicio.

Ha quedado restablecida la circulación de trenes de la línea de Tarragona á Barcelona combinada con la que funcionó, habiendo vuelto á efectuarse la circulación de los trenes 1 y 12 de esta última, que por intercepción de aquella se suspendieron el 21.

ULTIMA HORA

La sesión del Senado ha empezado usando de la palabra el Sr. Seijas Lozano, para defender la enmienda presentada por los senadores moderados relativa á la cuestión de Italia. Al dejar la tribuna prosigue su discurso el mismo orador.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Ignacio, Obispo, Santa Brigida, Virgen, y San Cecilio, Obispo.

SANTO DE MAÑANA. La Purificación de Nuestra Señora.

CULTOS.

Se gani el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas de las Maravillas (calle de la Palma), donde continúa la novena de su estela titular: á las diez será la Misa mayor en la que predicará D. Ignacio Ibarra, y en los ejercicios de la tarde D. Pío Hernández Fraile.

En la iglesia de Nuestra Señora de Atocha se celebrará una solemne función á la Santísima Virgen, siendo orador D. Vicente López de Lerena. También se harán funciones en San Lorenzo á la Virgen del Auxilio; en San Cayetano á la de la Pureza; en San Pedro y en Italianos á la de la Concepción; en San Ildefonso á la de los Buenos Temporalos; en la Concepción Gerónima, Hospital General, en la Latina y en San José, á Nuestra Señora de la Candelaria; en estas iglesias antes de la Misa se hará bendición y procesión de candelas.

En las parroquias, conventos de religiosas, San Isidro y Capilla Real, se hará la bendición y procesión de candelas según rubrica del día y después la Misa mayor.

En la iglesia de San Juan de Dios finaliza la novena de Nuestra Señora de la Candelaria: á las diez se hará la procesión de candelas y en seguida la Misa solemne, en la que predicará D. Basilio Sánchez Grande, y por la tarde, en los ejercicios, dirá el sermón D. Ambrosio de los Infantes, terminándose con una solemne reserva.

Termina la novena de la Virgen de la Providencia en San Antonio del Prado, celebrándose hoy su fiesta principal: serán oradores, en la Misa mayor el señor Infantes, y en los ejercicios de la tarde, D. Castor Compañía.

En la parroquia de Santa Cruz concluye la novena de la Virgen de la Paz, predicando en la Misa mayor D. Manuel García Menéndez, y en los ejercicios de la tarde D. Modesto Rodríguez.

Continúa la novena de la Virgen de la Leche, en San Luis, predicando por la tarde D. Gregorio Montes. En el Oratorio del Olivar se practicará el culto mensual al Sagrado Corazón de Jesús, en los términos que todos los primeros viernes de mes, predicando por la tarde D. José María Anglés.

También se celebrarán estos cultos en San Antonio de los Portugueses, y dirá la Plática D. Manuel Solís.

En los Seruítas predicará por la tarde D. Fernando Jimenez Caravella, y en San Ignacio por la noche don Santiago Cano.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de Maravillas, en su iglesia, la de la Providencia en San Antonio del Prado, la del Pópulo en San Justo.

Se reza de la presente festividad de Nuestra Señora, con rito doble mayor de segunda clase y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

S. M. la Reina y el Sr. Infante D. Francisco de Asis Leopoldo continúan sin novedad en su importante salud, según los partes del presidente de la facultad de la Real Cámara dados ayer á las once de la mañana y á las once de la noche.

De este mismo beneficio siguen disfrutando las demás personas de la Real familia.

CORTES.

SENADO.

SESION celebrada el día 31 de Enero de 1866.

Se abrió á las dos y diez minutos, y leída el acta de la anterior fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que la comisión encargada de informar acerca del proyecto de ley de sociedades públicas había elegido presidente al Sr. Don Juan Martín Carrancho, y secretario al Sr. Don Francisco de Cardenas.

Se recibieron con agrado, y se acordó repartir á los señores senadores, 30 ejemplares del manifiesto no

el Clero de la Unión mercantil de esta corte ha dirigido al comercio á industria española, ejemplares que remita el presidente de dicho Clero.

El señor conde de VISTAHERRA: Pido la palabra para dirigir una pregunta al Gobierno de su majestad.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El señor conde de VISTAHERRA: Ha oido hablar á diferentes personas sobre ocurrencias que han tenido lugar en Valladolid, que habian turbado, aunque momentáneamente, el orden público.

Después he leído en el *Extraccio oficial* de las sesiones del Congreso de los Diputados, que algunos señores en aquel Cuerpo gestaban para saber lo que habia en estos y como quiera que el Gobierno de su majestad no se hallaba presente, nada se pudo adelantar respecto á la verdad de aquellas ocurrencias, circunstancia que ha motivado mi pregunta, reducida á que, si el Gobierno no tiene ningún inconveniente en ello, se sirva manifestar lo que haya ocurrido, persudiendo como debe estar de que todos desamos contribuir á sostener el orden público, y que tanto el Senado, cuyas intenciones creo interpretar fielmente, como el senador que tiene el honor de dirigir la palabra á este alto Cuerpo, estarán de parte del Gobierno de S. M. en este punto.

El señor ministro de la GOBERNACION: Doy las gracias al señor conde de Vistaherrera por los ofrecimientos que hace al Gobierno de S. M. para ayudarle en la conservación del orden público, pues siempre necesita el Gobierno del apoyo y de la autoridad de los señores senadores; pero en el caso presente la alteración del orden público es de poca importancia. Y casi no merece llamar la atención del Senado. En Valladolid desgraciadamente se habían sucedido unas á otras quebras, complicándose en este asunto las sociedades de comercio que allí existían, que también quebraron: de resultados de esto se formó una causa criminal, en la que naturalmente estaban interesados todos los perdidos, que eran la mayoría de la población.

Parece que el juez que entendía en la causa, ha levantado el auto de prisión que pedia sobre alguno de los reos, y que por la noche algunos pocos de aquellos que probablemente no han perdido nada, pero que serian instrumentos de otros, gritaron en las calles dando voces subversivas en favor de ciertos personajes y en contra de los que habían sido puestos en libertad: la autoridad ha tomado las precauciones, ha reducido á prisión á algunos de esos individuos, y el negocio sigue su curso natural, no teniendo por lo tanto importancia en sí, aun cuando por lo visto se le hayan querido dar algunas proporciones políticas, á pesar de que nada tiene que ver con ello. A esto están reducidos estos sucesos, de los que ya entienden los tribunales competentes.

El señor conde de VISTAHERRA: Celebro haber oido las explicaciones que acaba de dar el señor ministro de la Gobernacion, porque de esa manera desaparece el carácter que equivocadamente se quería dar á ocurrencias que felizmente no se rozan con los acontecimientos que hemos deplorado estos días.

El Sr. RENTERO Y VILLA: Pido la palabra para anunciar una interpección al señor ministro de Gracia y Justicia.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. RENTERO Y VILLA: Los señores senadores saben que se ha hablado mucho de un acontecimiento ocurrido en las sesiones entre el señor ministro de Gracia y Justicia y el dignísimo magistrado Sr. García de la Coteria, cuyo fallecimiento ha sido con tanto sentimiento el Senado. Sobre este asunto, pues, deseo interpeccionar al señor ministro; y lo anuncio para que, teniendo noticia de ello, se sirva señalar el día en que tenga por conveniente contestar.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del señor ministro de Gracia y Justicia para los efectos que previene el reglamento.

ORDEN DEL DIA.
Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Corradi continúa en el uso de la palabra para rectificar.

El Sr. CORRADI: Señores senadores, aunque ayer procuré condensar mis ideas para terminar la réplica que merecia el discurso del señor ministro de la Gobernacion, no me fue posible concluir, y me voy en la sensible necesidad de molestiar, aunque procuraré que sea por breves momentos, al Senado, al cual no puedo menos de estar profundamente agradecido porque á su indulgencia y á su espíritu altamente liberal debo la especie de protección que en mi aislamiento se ha servido concederme.

El Sr. Posada Herrera, con esa fuerza de locucion y esa especie de intuición singularísima que le distingue, ha insistido ayer, no sé con qué propósito, en decir que estoy sólo y que quien soy, como si quisiera probarme que giro en el vacío.

Ya contesté ayer á este argumento, si bien para que no quede la menor duda de mis propósitos é intenciones voy á hacerlo hoy de una manera clara y explícita.

No soy ni seré nunca moderado ni de Union liberal, aun cuando en uno y otro partido hay personas dignísimas con cuya amistad me honro; y el partido progresista continúa en su obcecación, no queriendo comprender el camino que he tenido el honor de señalarle, obedeciendo á honoros sentimientos, ó quedándose á la individualidad, ó me retraré á la vida privada: tomo acta de mis palabras al señor ministro de la Gobernacion, porque tengo el más íntimo convencimiento de que mis actos no han de venir á desmentirme; y al separarme de los hombres con cuyas glorias y martirios estoy identificado, nunca me asociaré á los que directa ó indirectamente vején, atropellan ó calumnian.

Ya sabe, pues, el Sr. Posada Herrera que los principios que yo profeso son los que tenía el partido progresista á su aparición en la escena pública, en la que por mucho tiempo se llamó monárquico constitucional y dinástico, deseando marchar por el camino de las reformas lentas y pacíficas, y aun queriendo formar un término de transición, con la Constitución hecha en las Cortes de 1836, en mal hora derogada.

El Sr. Posada Herrera, ocupándose de la cuestión de Hacienda, me decía que ninguna culpa tenía el Gobierno del descenso de los valores públicos, y preguntaba si quería yo que influyese en la cotización de la Bolsa; pero S. S. no ha tenido presente cuál era mi argumento.

Yo no quiero que el Gobierno influya en esa cotización, sino que yo lo que decía era que, siendo uno de los cargos que la Union liberal dirigía al anterior ministerio para probarle que no tenía crédito el descenso de los valores públicos, parecia natural que tuviese algun medio para que subiesen esos valores; y sin embargo, hemos visto que no ha sucedido así, sino que, por el contrario, la baja de los fondos públicos ha continuado.

No negó el Sr. Posada Herrera el uso de la influencia moral durante los cinco años que estuvo en el Gobierno la Union liberal; y cabalmente eso es lo que yo reprochaba, porque con la mejor buena fe se ha causado un grave mal en el cuerpo electoral, pues ha venido á introducirse una especie de tráfico por el que gran parte de los que tienen derecho electoral, ó se abstienen, ó van á votar para mejorar su fortuna, mandando diputados que sean como agentes suyos; y eso es indispensable corregirlo, porque todo el mecanismo del sistema representativo arranca del cuerpo electoral y de las elecciones, y mientras estas no se hallen completamente independientes de la influencia del Gobierno, este mecanismo no producirá sus resultados y caeremos en una de dos cosas: ó en la dictadura con todas sus consecuencias, ó en la anarquía con todos sus conflictos.

Ocupándose S. S. de lo relativo á la epidemia, me dijo, respecto al año 1834, y yo suponía que lo dijo en broma, que nadie había tenido medio al colera.

Sin duda S. S. no se hallaba aquí, porque de otra manera hubiera visto que no sólo había un terror pánico, sino que reinaba una especie de fiebre, y entonces fué cuando se cometieron horribles atentados que yo no quisiera recordar.

No estoy conforme con el Sr. Posada Herrera respecto á que en el Senado no debe hablarse de elecciones, porque siendo estas un hecho público, no pueden menos de estar bajo la jurisdicción del Senado como alto Cuerpo Colegislador, que debe vigilar y coaccionar la conducta del Gobierno para que no se cometan abusos ni se infrinja las leyes.

Tampoco puedo estar de acuerdo con S. S. en la distinción que hizo de los estados de sitio y la suspensión de las garantías individuales, porque precisamente á declaración del estado de sitio lleva consigo irremisiblemente la suspensión de las garantías individuales, que en el art. 8.º de la Constitución se dispone que no pueda llevarse á efecto sin una ley hecha en Cortes. Cito al Sr. Posada Herrera el Gobierno del año 41 para probar su asercion respecto á ese punto, sin que esto venga en su apoyo, porque siempre habrá de reprobarse lo que no se haga conforme á las leyes. Hámanse progresistas ó moderados los que así obran.

Supuso el señor ministro de la Gobernacion que habia gran diferencia entre lo que se hizo la noche de San Daniel en Madrid y lo que tuvo lugar en el día de San Cándido en Zaragoza, y yo no puedo menos de decir á S. S. que la única diferencia sustancial que encuentro es que en Madrid se respondió á los silbidos con disparos de fusil, y en Zaragoza se respondió á ciertas reclamaciones que se hacían con los disparos de la artillería.

Decía el Sr. Posada Herrera que si crea yo que los ministros de S. M. y sus amigos podian haber estado confabulados con los sediciosos en otra época; y precisamente es una cosa que ni siquiera ha pasado por mi imaginación el decirlo, porque no traeria yo á este sitio un asunto semejante sin pruebas irrecusables; pero ya que estamos hablando con franqueza, como debe hacerse en estos casos, diré que esa especie habia circulado, pues un periódico, *Las Novedades*, en el mismo día que el señor duque de Tetuan juró su puesto, publicó un suplemento en el que se consignaban ciertas frases que S. S. debe recordar, y al decir esto, no es que yo de importancia al dicho de ese periódico, pero eso necesita desmentirse de una manera pública y solemne. (El señor presidente: ¡Vea Consejo de ministros! Ya se ha hecho así en el Congreso de los diputados en la legislatura pasada.) Aun cuando se haya dicho en el Congreso, según dice el señor duque de Tetuan, nada obsta para que se manifieste en el Senado.

Ignoraba el señor ministro de la Gobernacion, al parecer, que es lo que yo quería decir cuando me referia al anuncio hecho por el señor presidente del Consejo de ministros de que el orden estaba asegurado cuando se dio el programa de Gobierno ante el Senado; y sin embargo es muy sencillo, pues lo que yo quisiera decir es que la persuasión de que el señor duque de Tetuan podía asegurar el orden público habia sido una de las causas que movieron el ánimo de S. M. á confiar la presidencia del Consejo de ministros.

En cuanto á si han sido ó no repuestos algunos de los oficiales de los separados por el ministerio anterior por supuestos complicados en algunos planes de conspiración, yo no he hecho más que dirigir preguntas.

Respecto á la teoría que S. S. ha expuesto sobre la separación de los empleados públicos, no diré más sino que sostengo que se hicieron las vacantes con el único objeto de colocar benéficas y favorables á la situación, y desde ahora anuncio que cuando se trate de la ley de empleados que ha indicado S. S., habrá de votar en contra por la sencilla razón de que no me parece justo que después de organizada la situación á gusto de sus amigos se declare inamovibles á los que ha colocado, pues es una ley que debe hacerse con el asentimiento de todos los partidos.

Estoy perfectamente de acuerdo con el señor ministro de la Gobernacion en que la imprenta no debe atacar al Trono, la dinastía ni los altos poderes del Estado, y que cuando hace esto y trata de corromper la disciplina del ejército debe compararse ante los tribunales para dar cuenta de su conducta; pero su señoría debiera haber tenido presente aquella protesta común que se hizo por periódicos de diferentes matices, y era que al lado de los demócratas y progresistas figuraban los hombres de la Union liberal; y cuando se profesan ciertos principios no deben hacerse esas coaliciones con los que opinan de tan distinta manera.

Ha hablado S. S. con cierto menosprecio de los periódicos y de los periodistas; y yo, que tengo á alta honra el haber sido por espacio de algun tiempo escritor público, no puedo menos de rechazar toda palabra que directa ó indirectamente pueda inferir ofensa á los hombres que se dedican á ilustrar la opinion pública; y no me explico cómo llamaba á ciertos periodistas gente de poco más ó menos, cuando al lado de los mismos figuraban sus amigos políticos en la época en que á todo trance querían derribar el anterior ministerio.

Me ha aplazado S. S. para una cuestión científica, que yo acepto; y cuando venga la discusión de la ley de imprenta, me prometo demostrar á S. S. que los delitos de imprenta deben someterse á la legislación común.

Ha lanzado S. S. en este sitio una acusación contra las Juntas llamadas de *Amigos de los pobres*, diciendo al mismo tiempo que los individuos que las componían eran amigos míos, en lo que ciertamente ha padecido una equivocación, pues hasta hoy la circunstancia de que la mayor parte han conservado el apellido. Por lo demás, para dirigir una acusación como la que S. S. ha hecho, no debe venir sin pruebas, luego menos cuando esos individuos no pueden contestar á esa asercion, y yo puedo menos de decir que me parece imposible que haya un español que de tal se precie que emplee el dinero destinado á la caridad para trastornar el orden.

Al decir yo que no se habia dado una allocucion al pueblo de Madrid á la aparición de la epidemia, no he querido inferir ningún agravio al señor gobernador de Madrid, persona dignísima, á quien se vio recorrer los hospitales, y proceder con el celo que le distingue: lo que yo he manifestado es que hubo imprevision en no obrar en los términos que indiqué.

Dice el señor ministro de la Gobernacion que no quiso alarmar al pueblo de Madrid cerrando los teatros; sin tener en cuenta S. S. que contra su conciencia protestó la conciencia pública, pues hubo que cerrarlos por falta de concurrencia, al paso que los teatros se llenaban de fieles que iban á implorar la clemencia divina.

Todos los cargos que he dirigido al Gobierno de su majestad no los he fundado más que en la imprevision que es la que yo creo que ha habido, pues á ella se debe el decir que este Gobierno podia mejorar el crédito, cuando tal cosa no ha sucedido; que iba á aplicar lo dispuesto en la ley de presupuestos respecto á empleados, no habiéndolo cumplido; que estaba asegurado el orden público en momentos en que más amenazado se encontraba; que se iba á conducir con la imprenta de otra manera, cuando después no se ha contenido con la legislación vigente, procediendo con respecto á la salud pública de un modo desastrosamente; y siendo de imprevision en imprevision el estado en que nos encontramos.

Y nada importa que el señor duque de Tetuan haya conseguido concluir con la insurreccion militar, porque los males que todos lamentamos no se remediaron con los proyectos que se han presentado; pues con la coacción y el terror no se mejora la situación de los pueblos, sino mejorando el crédito, adoptando los medios oportunos para aumentar la produccion, dando trabajo á las clases obreras y moralizando al pueblo.

De otra manera los trastornos y las insurrecciones militares nos conducirán á un abismo del que no podremos salir sino el día que luzca el sol de la justicia, de la libertad y de la tolerancia.

El señor duque de VALENCIA: Señores senadores, nunca me he levantado con más timidez que ahora, después de haber oido los elocuentes discursos que se han pronunciado. No tengo datos erróneos, y tengo la comparación, que sin duda ha de ser desfavorable para mí, de lo que se ha pasado en Barcelona, dando muerte á ciudadanos inocentes,

Empezó su discurso el señor ministro de la Gobernacion manifestando que el Sr. Corradi no habia adivinado prueba alguna, y precisamente S. S. hizo lo mismo, si bien su discurso estuvo salpicado de alusiones inmotivadas y de grandes injusticias, no teniendo ninguna consideración de las intenciones que habian precedido al actual. Muy severo es S. S. para los demás, y sin embargo, tendria mucho en que detenerse si se pasara á sí mismo una vista retrospectiva, y no se olvidara que los Gobiernos no se presentan en el Parlamento para atacar á los partidos y á las administraciones pasadas, sino para defender sus actos; pero S. S. no se radica á esto, sino que se entretuvo en dirigir cargos á todas las administraciones anteriores y á los partidos á que ha pertenecido, pues no ha podido olvidar que empezó siendo progresista, oponiéndose á la reforma de la Constitución de 1833, que hoy le parece tan buena; que después apoyó al partido moderado, y siguió así hasta que llegó á pertenecer á la Union liberal, de la que forma parte actualmente.

Ha dirigido S. S. un cargo á los señores senadores del partido moderado que habian reclamado, que no se empezara la discusión del mensaje mientras durara el estado de sitio, y que últimamente no pedian otra cosa sino las garantías necesarias para expresar sus opiniones, y que la prensa pudiera ocuparse de los debates siempre que no se faltara á las altas instituciones que todos respetamos; y S. S. no debia haber venido ahora con ese cargo, porque esa era una cuestión que ya estaba terminada y con mucha generosidad por el partido moderado, que desde su principio ofreció su apoyo leal y desinteresado al Gobierno en las actuales circunstancias, y que no ha contribuido poco para la feliz terminación de estos acontecimientos; porque si hubiéramos hecho nosotros la oposicion que se nos hizo en circunstancias semejantes, quizás las con encucias hubieran sido más fatales.

Estableció el Sr. Posada Herrera una comparación entre las épocas en que la Union liberal ha sido Gobierno y las en que lo ha sido el partido moderado; y si bien yo voy ahora á hacer la defensa de todos los ministerios moderados, debo decir por lo menos que el partido moderado tiene una historia muy grande, y que él ha hecho todo lo que hay en el país. Habrá tenido sus errores, porque las obras del hombre son siempre defectuosas; pero siempre sus deseos han sido los de hacer el bien de la patria.

Preguntaba S. S. cuál era la situación cuando en una y otra época ha regido la Union liberal á gobernar el Estado, y yo le diré á S. S. que en el año de 1836 vino el partido moderado al poder después de una revolución espantosa, en que se habian destruido todos los resortes de la administración que habia creado el partido moderado, encontrándose además en estado de sitio toda la Monarquía. Levantó ese estado de sitio, reunió las Cortes y trató de hacer las reformas que creyó necesarias, y de desear hubiera sido que todos hubiesen reconocido esa necesidad, porque tal vez la situación seria otra; y sin embargo de que el Sr. Posada Herrera apoyó aquellas medidas y otras de aquel ministerio, viene ahora á hacer cargos á las administraciones moderadas, y precisamente S. S. es el que mejor puede decir el estado de la situación posteriormente, porque era ministro de un Gabinete moderado cuando el de la Union liberal, que vino á sucederle, y al que perteneció el Sr. Posada Herrera, se encargó de la gestion de los negocios públicos.

Sólo siento que S. S., que ha estado tan elevado y tan digno, haya comenzado con argumentos personales, que nada prueban, y que de nada sirven cuando la historia de los hombres públicos es tan conocida que no hay necesidad de que por vía de argumentos *ad hominem* se nos presenten esas consideraciones. Yo no he negado nunca que ha sido un progresista, ni que haya combatido la reforma constitucional del año 45, pues precisamente lo hice por el íntimo convencimiento que tenía de que no debía hacerse, y que tengo ahora de que ha sido la base fundamental de todas las desgracias y vicisitudes que hoy ha pasado la nación española de bastantes años á esta parte; pero entiendo que si merecia la aprobación de las Cortes y la sancion de S. M., yo seria el primero en respetarla é impedir que se hiciera una nueva reforma.

Yo, señores, en el día de ayer expuse las consideraciones necesarias sin pensar en hacer cargos á nadie, retirándome únicamente á la entrada del Gabinete presidido por el señor duque de Tetuan en el año 1853, á su salida después y á su vuelta en el año 1863; y á esto nada ha contestado el señor duque de Valencia porque no podia hacerlo; así es que S. S. se ha ocupado de otras fechorías.

Vengo y tantos días creo que estare yo en el ministerio presidido por el Sr. Isturiz para convenirnos de que aquella situación era imposible, según se lo manifesté á los pocos días, creyendo que era necesario una mano más vigorosa para dirigir los negocios públicos; y no lo hiciera en interés de nadie, pues hasta concurriría la circunstancia singular de que yo entonces no conocia al señor general O'Donnell; y de tal manera acerté mi propósito, que los hechos vinieron á confirmar bien pronto lo que yo decía, pudiendo añadir, respecto á este último período en que la union liberal ha venido al poder, que no puede negarse que es una desgracia para un país y una causa de perturbacion el haberse dividido tres ministerios en año y medio á pesar del patriotismo de que se hallaban animados; y no hay necesidad de atacar á nadie, pues sólo esta división, teniéndose que producir el malestar.

Consta, pues, que yo no he hecho más que llamar la atención del Senado sobre la situación en que se encontraba el país cuando entramos en el poder en 1853; la que tenía después cuando lo dejamos en 1863; y la situación que luego tuvo el país en los momentos en que entramos á mandar en 1863.

Tampoco he hecho cargo á los señores senadores que opinaban por que se suspendieran las sesiones. Formulé sólo una redccion para demostrar que hacíamos bien en provocar que continuara reunido el Parlamento, por más que respetáramos el juicio de nuestros adversarios, quienes por esto no podían darse por ofendidos.

En cuanto á la cuestión de Chile, díjimos que la habíamos encontrado planteada; y tanto es así, que el ministerio anterior habia ya establecido las condiciones de la paz y de la guerra, y nosotros sin ser acusados de falta de patriotismo, no nos hallábamos en libertad para dejar de sostener las proposiciones presentadas.

No hago un cargo, sino que consigno un hecho; pero permítame el señor general Narváez que le diga que no era esta la situación del ministerio de S. S. respecto de la cuestión del Perú, pues la cuestión diplomática fué formulada por el Sr. Arrazola, el cual nombró el comisario, que es el principio, el punto de partida de todos los conflictos que en América hemos tenido. No hablo de Santo Domingo porque es un asunto que ya pertenece á la historia, si bien no ha llegado el día en que el desenvolvimiento de los sucesos digan quien tenía razón; quizás el haber cedido tan fácilmente ante un puñado de negros sublevados, traga malas consecuencias; quizás con esto hayamos perdido la responsabilidad que necesitan las naciones para hacer valer sus derechos sin acudir á la fuerza.

El señor duque de VALENCIA, siguiendo en su peroracion, ha presentado un argumento respecto al orden público, que seria muy fuerte si no lo examináramos despacio, diciendo que nosotros, que acabábamos á su señoría por haber hecho luego contra ciudadanos leales en las calles sin previa declaración, hemos obrado del mismo modo en Barcelona.

Pero, señores, hay una diferencia, y es que en la capital del Principado tomó esta resolucio el jefe de los mozos de escuadra sin consentimiento de la autoridad, y en un momento en que se creyó comprometido (Rumores). No hay que apresurarse, señores; es la primera proposicion del raciocinio, y cuando veais la última será la ocacion de sobreir hacia fuera ó hacia dentro. En efecto, así que supimos semejante hecho, que consideramos criminal, mandamos formar causa al militar que en una poblacion inerme y sin mandato de las autoridades procedió á hacer fuego, dando muerte á ciudadanos inocentes,

Voy á decir ahora cuáles eran los elementos con que se encontró el último ministerio que tuvo la honra de presidir al encargo del Gobierno en el año 64. Apenas habia tenido yo la honra de jurar en manos de S. M., el señor ministro de Gracia y Justicia dimisionario me dijo, al preguntar las causas de la dimision, que la habian hecho porque el señor general Marchesi, ministro de la Guerra, habia manifestado que no podia responder de la obediencia del ejército, y que, por otra parte, no habia fondos para poder atender á las necesidades del Estado; y el mismo señor general Pareja hubo de indicar que si no le daban la consignacion de aquel mes no podia continuar en el ministerio.

Después, señores, nos encontramos con una cuestión en el Perú, que se habia suscitado á consecuencia de la escuadra que se mandó al Pacífico, por la mala direccion y poca fortuna de los encargados de dirigir ese asunto, cuestion que terminamos felizmente; y nos habíamos ocupado de la de Chile, pero antes de poderlo hacer dejamos el ministerio; y aquí debo decir que si algunas instrucciones habian con que no estuvieran conformes los que nos sucedieron en el Gobierno, debieron haberlas anulado.

Nos encontramos también con la cuestión de Santo Domingo, y fácil es comprender que á no haberla resuelto de la manera que lo hicimos, á estas horas se hubieran gastado 500 millones más y la situación seria peor.

Ya he manifestado lo que respecto á la subordinacion del ejército decia el anterior ministro de la Guerra, y no obstante, durante nuestra administracion, no se verificó ningún alzamiento, conservándose el orden público, por el que tanto se temia.

Respecto á la noche de San Daniel, todos los cargos están reducidos á que no publicáramos un bando ni declaráramos antes el estado de sitio, y esto no tiene fuerza alguna: lo mismo se ha hecho después en Barcelona, donde la declaración del estado de sitio ha tenido lugar después de haber hecho fuego, de haber muerto á personas de categoría é importancia, al paso que nosotros sólo hicimos fuego á los que nos habian hecho antes. Esto sin contar con que nosotros nos encontramos aquí oyendo los terribles cargos que nos dirigan mientras se nos comunicaba la noticia de los grupos que se iban formando en las plazas y en las calles, y el Senado recordará cuando entró aquí el señor general Prim seguido de sus amigos los señores senadores progresistas para defender aquí á los que habian sido sus predecesores, y quizá entonces sus cómplices en la sublevacion, saludándolos á su entrada la Union liberal, y uniéndose á ellos para combatirlos.

Por lo demás, ni el estado de sitio ni la suspension de las garantías individuales se necesitan siempre, porque la fuerza pública tiene sus ordenanzas, que son leyes que en ciertos y determinados casos bastan.

Decía el Sr. Posada Herrera que la politica del Gobierno depende de las circunstancias; y que las ideas y los principios no son patrimonio de ningún partido; y yo recuerdo en este momento cuando el señor ministro de Fomento nos decía en el Congreso de los Diputados que todos los partidos tienen sus principios malos ó buenos, y con ellos deben gobernar; que nosotros seguíamos una pendiente retrograda, y que al que correspondia marchar por ese camino era el señor Nocedal; y tenía razón S. S. en lo primero, aun cuando no en lo último.

Yo comprendo que un hombre modifique sus doctrinas en un tiempo más ó menos dilatado por graves acontecimientos; pero no lo haga en 24 horas. Nosotros habíamos presentado una ley para corregir los abusos de la imprenta; se nos combatió, y el actual ministerio la retiró diciendo que tenía bastante con la vigente, y sin embargo hoy presenta un proyecto de ley más fuerte que aquel. Y aquí debo hacerme cargo de algunas palabras del señor presidente del Consejo de ministros y del señor ministro de la Gobernacion, que han manifestado que durante su ministerio no han quedado impunes los delitos que se han cometido contra las altas instituciones del Estado. Y aquí parece que hay una alusion á los Gabinetes que han precedido, y necesario es saber si esas medidas se han tomado contra los periódicos munitarios que han hablado contra la Religion y el Clero; yo bien creo que los señores ministros quieren que todas estas cosas se respeten, y que lo que haya ocurrido ridio porque no lo han podido remediar; pero se hubieran apoyado la ley que nosotros presentamos, se hubieran evitado esos abusos, y no hubiera habido necesidad de traer la que ahora se va á someter á la deliberacion de los Cuerpos colegisladores.

Cin esto creo haber dicho lo bastante.

EL SR. PASTOR: No voy á ninguno de los señores senadores progresistas; y aun cuando el señor duque de Valencia al hablar de los cómplices en la sublevacion no me habia querido aludir más que al señor general Prim, me como quiera que ha hecho mencion de los demás, he creído de mi deber pedir la palabra para defendarlos en su subsección.

El señor duque de VALENCIA: Nadie ha podido eno-

tender, y yo lo declaro así con toda franqueza, que he podido referirme á esos señores senadores á quienes usted señorita quiere defender.

El señor ministro de la GOBERNACION. Ha principiado el Sr. Corradi su discurso haciendo del mismo una mala calificación que sin duda es debida á un acceso de monomanía, porque de otro modo no pudiera haber descubierto lo que por consecuencia de aquel discurso el Sr. Posada ha tenido el gusto de oír la elocuente, rectitud y sencillez de S. S., y no lo menos elocuente discurso del señor duque de Valencia, que no esperaba yo cierto momento en el día de hoy, porque no le he dirigido alguna cuestion ninguna; y si le habia alguna vez de sus actos, habia sido incidentalmente y para hacer un elogio de ellos; pero S. S. aun antiguo en estas lides, viene sin darse cuenta al Sr. Corradi algo comprometido en el debate, habiendo querido llamar la atención hacia otra parte á fin de poder distraer un poco la atencion del Senado.

Si, señores, los ciudadanos pacíficos deben esperar del Gobierno protección; debe salir á la calle sin temor de ser fusilados por la arbitrariedad del jefe de cualquiera fuerza. Y qué culpa tienen los Gobiernos cuando estas cosas suceden el sentimiento público se rebela contra los autores de tales atentados. ¿Qué culpa tienen las celosas autoridades de Barcelona de que por una imprudencia del jefe de los mozos de escuadra se haya visto en peligro el orden público en aquella sensata poblacion, hasta que todos se conocieron que los mozos habian obrado por autoridad propia? Si no hubiera sido así, en Barcelona habria surgido un conflicto muy parecido, aunque mucho más grave, que el que ocurrió en esta corte con motivo de los sucesos de la noche del 10 de Abril de este año.

Pues qué, ¿se quiere que ante hechos de esa índole, que cuando se ve á ocho ó diez hombres honrados é inocentes muertos ilegalmente y contra derecho, sus familias y sus amigos ahogan el dolor dentro del pecho y que sin dar salida siquiera á una exclamacion que condene tan horribles desastrosos? Conviene, pues, proceder con toda legalidad, sin que por esto quede desamparado el orden público; hay que evitar con mucho cuidado que la desgracia que han sufrido algunos Gobiernos haciendo populares la revolucion y los revolucionarios. Y no es que nosotros queramos ser blancos con la revolucion; al contrario, la reprimamos enérgicamente. Ni tampoco pretendemos ser tolerantes con la prensa, y aquí contestaré á otra observacion del señor duque de Valencia.

Señores, nunca me he expresado respecto de la imprenta de la manera que ha indicado S. S.; pues

Ciertamente en la práctica no es asequible por varias circunstancias el exámen de tantos periódicos como se publican; y de aquí resulta sin embargo que cualquiera frase, cualquiera idea que salga a luz impone responsabilidad al ministro de la Gobernación, siendo esta tanta, que es imposible que ningún hombre la acepte en este puesto.

Por lo demás yo no traté de dirigir una inculcación al señor duque de Valencia al recordar una Real orden de su tiempo en que se decía que no se había tenido por conveniente perseguir á los periódicos durante el período electoral; y creo que si S. S. hubiera comprendido perfectamente el sistema de la actual ley, no tres ó seis editores como ahora hay presos por delitos contra la persona del Monarca, sino diez ó veinte habría llevado á la cárcel del Saladero, porque ni sus señorías ni nadie estarán dispuestos á consentir que se ataquen las altas instituciones del Estado ni la Religión, ni que se vierta la injuria y la calumnia contra las personas constituidas en dignidad.

Y ahora, por una transición natural, desde la imprenta me vuelvo al Sr. Corradi, pues recuerdo que las Cortes Constituyentes declararon que los delitos de injuria y calumnia se podían perseguir como delitos comunes; es decir, que dieron el ejemplo de separar á los delitos de la prensa algunos para sujetarlos á la jurisdicción ordinaria. Esto lo habrá votado su señoría... (Movimiento negativo del Sr. Corradi.) ¿No? pues tanto peor para S. S., y así se prueba más y más que S. S. está siempre sólo en todas las cuestiones.

Seguendo ya con el Sr. Corradi, rectificaría alguna de sus apreciaciones. Dice S. S. que cada partido tiene sus principios. Y bien, Sr. Corradi: yo sostengo á S. S. que no tiene el partido progresista un sólo principio que no lo haya tomado del partido moderado. La desamortización; esa bandera famosa que siempre saca en todas las discusiones, ¿quienes fueron los primeros que la indicaron sino Campomanes y Jovellanos? ¿En dónde han leído los progresistas su teoría sobre los consumos, sino en la ley agraria del mismo escritor, que fué el primero que combatió dicho impuesto? ¿Y eran acaso progresistas Jovellanos y Campomanes? ¿De dónde han tomado la libertad de imprenta, el principio de la soberanía nacional y todos los demás dogmas que proclamaban como privilegio exclusivo suyo? Señores, la soberanía nacional es del Padre Mariano, del jesuita Alpiquesa y otros que han estado en el Concilio de Trento. No: lo que se puede pedir á los partidos no es que absolutamente se abandonen al criterio ajeno; pero sí que, según vayan desenvolviéndose los tiempos y cambiando las necesidades, adopten aquellos principios que, sin estar en contradicción con sus doctrinas fundamentales, sirvan sin embargo para mejorar la gobernanza del país.

Pero dejando esa teoría general, vengamos á otra parte del discurso del Sr. Corradi, que es más sabrosa porque es cuestión de cargos y descargos, de individuos y partidos. S. S. para desacreditar á la Unión liberal, ha buscado las opiniones de algunos individuos del Gabinete en tal ó cual época; más S. S. iniciaba un trabajo que había de ser perjudicial para sí mismo. Yo pudiera señalar también las contradicciones en que S. S. ha incurrido, como, por ejemplo, al combatir hoy al ministerio por la separación de empleados, cuando S. S., siendo secretario de la Junta de Gobierno de 1840, hizo tantas remociones que ni aun dejó en sus puestos á los Curas y sacristanes. Igualmente al negar S. S. á los Gobiernos la facultad de reprimir las insurrecciones porque en alguna ocasión sus individuos hayan tomado parte en algún movimiento, se desacredita á sí mismo S. S. como hombre de órden, supuesto que se ha pronunciado en varias épocas.

Yo, señores, nunca me he pronunciado ni contribuido directa ni indirectamente á revolución alguna; pero no puedo menos de reconocer, en defensa de algunos de mis compañeros, que cuando un hombre obra por patriotismo, cuando cree que en determinadas circunstancias sirve á su país tomando tal ó cual actitud, sosteniendo tales ó cuales opiniones, no puede hacerse cargo por su conducta. ¿Pues acaso el Sr. Corradi no ha declarado muchas veces en el *Clarín* público que él y sus amigos eran irreconciliables con la Constitución de 1845? Y sin embargo, hoy su señoría levanta esa bandera como símbolo de conciliación.

Vamos á otra cosa. Es verdad que he dicho en una Real orden que el Gobierno debía ejercer influencia en las elecciones; pero no he querido establecer el abuso de esa influencia, ni mucho menos he pretendido convertir el papeleo electoral en mercado de compradores y vendedores á que aluda el Sr. Corradi; hago más justicia al cuerpo electoral español y á la patria entera que S. S.

Además, ya que el Sr. Corradi me ha hecho cargos por pecadillos pasados, ¿por qué no se ha ocupado de las últimas elecciones? Señores, de tal manera he abandonado el campo á la voluntad de los electores, que hay muchas provincias á cuyos candidatos no he conocido ni aun de nombre hasta que estaban elegidos; y he obrado así, porque la experiencia me ha demostrado que no hay tiempo más mal gastado que el que emplea un ministro de la Gobernación en dirigir las elecciones, siendo mejor dejar que vengan aquí los diputados para tratar con los elegidos en vez de tratar con los electores. (Risas.) Señores, cierto es, como dice Tácito, que á la calumnia se ponen ateos los oídos, y por esto sin duda muchos de los que me escuchan han querido ver en la palabra que he pronunciado mala significación. ¡Ah!, señores, como queréis que los pueblos os respeten, si vosotros con tal ligereza os adelantáis á pensar de tal manera!

Señores, es menester que todas las instituciones se sostengan mutuamente, y que se guarden entre sí gran respeto y consideración: el Gobierno ha hecho por su parte todo lo que ha podido, entregándose sinceramente á la voluntad del país, á quien ha dicho: «Vengame los diputados que queráis.» Pero es preciso que los ayudemos todos; es preciso que porque un senador ó un diputado están hoy con un ministro y luego con el siguiente, no se crea necesario atribuir el fenómeno á causas deshonrosas para nadie, sino que se explique noblemente por la necesidad que experimentan los hombres públicos de modificar sus opiniones con arreglo á las necesidades y á los intereses de la nación. De otra manera, interpretando malamente las intenciones, difamando á las personas encargadas de la administración del Estado, rebajando el prestigio de la autoridad, no es posible Gobierno alguno.

Para concluir, el Sr. Corradi me ha hecho un cargo porque había tratado duramente á la prensa. Pues su señoría no ha estado blando al comparar las plumas de los escritores progresistas con el puñal del asesino. Yo he censurado hechos, no personas, pues reconozco que entre los escritores hay personas dignísimas á quienes respeto; pero aun los que son mis amigos queridos, si alguna vez faltaran á la ley, creo que deben ser reprimidos en interés de la prensa misma.

Por último, no quiero dejar sin rectificar otra apreciación relativa á los sucesos de Gracia que he oído en el curso del debate. El actual Gabinete no ha procedido, como se indica, dejando impune aquella sublevación, pues lejos de eso ha hecho continuar las causas contra los oficiales cómplices en aquel conato de sedición; estas han sido sometidas á la ley, y la dicta sentencia, y los considerados culpables se hallan cumpliendo sus condenas.

El señor ministro de ULTRAMAR: Tengo que molestar la atención del Senado algunos momentos para hacerme cargo de ciertas palabras del señor duque de Valencia, relativas á la última crisis del ministerio del señor Mon, de que tuve la honra de formar parte. Me he oído á S. S.; pero me han dicho que S. S., fundándose en informes del que fué con nosotros ministro de Gracia y Justicia, ha asegurado que la disolución de aquel Gabinete tuvo por causa tres graves declaraciones de unos tantos ministros. Que el de Hacienda había declarado que le era imposible seguir levantando las cargas públicas...

El señor duque de VALENCIA: Si S. S. me permite, rectificaré ligeramente. Me refería á los temores

que aquel ministerio abrigaba acerca del estado del ejército; añadió que el Consejo de ministros creía que no había bastantes recursos para atender á todos los gastos, y que el Sr. Pareja había manifestado que si no se le daba lo que podía retirarse del ministerio.

El señor ministro de ULTRAMAR: Pues bien; digo que el señor ministro de Hacienda jamás manifestó la carencia de recursos á que alude el señor duque de Valencia; pues al contrario, revelaba mayor confianza en la gestión del departamento de su cargo, cuya confianza se ha demostrado con los hechos, supuesto que á esa persona le fué ofrecida después por otra administración la misma cartera que entonces desempeñaba.

Tampoco es exacto que el malogrado Sr. Pareja, ministro de Marina en aquel Gabinete, manifestara que se retiraba si no se le facilitaba tal ó cual consignación. Asimismo ni el Sr. Marchesi ni ningún otro general del ejército español han podido declarar en ningún momento de nuestra historia, por triste que haya sido, que no se podía contar con la subordinación del ejército; pudieron indicarse temores respecto á la lealtad de alguno u otro cuerpo, respecto á la existencia de trabajos revolucionarios entre algunos pocos militares; pero esto no fué el motivo determinante de la crisis de que se trata.

La disolución del ministerio Mon fué una consecuencia natural de su origen, de los elementos que le habían formado, de la tendencia y el objeto que representaba. Cuando llegó la época de los trabajos legislativos, en frente de las grandes cuestiones que se dibujaban en el porvenir se creyó necesaria la formación de un ministerio de suyo muy importante, la formación de un ministerio presidido por alguno de los jefes de los partidos españoles. De esto se trató, y esto fué lo que se resolvió en el último Consejo á que el señor duque de Valencia se ha referido.

Por lo demás, en cuanto á la existencia de trabajos revolucionarios, recordará S. S. que para nadie era un misterio lo ocurrido en cierto cuartel, y que dió motivo á que un teniente general saliera de esta corte por órden del Gobierno. Y por cierto, señores, que si no hubiera habido tanta incredulidad como hebo acerca de las indicaciones del Sr. Marchesi, no se habría revocado la disposición adoptada contra el ex preso general, ni se habría indultado á muchos oficiales fugitivos cuando se les enviaba á las costas.

El señor duque de VALENCIA: Seré breve. Primeramente, en cuanto á sí el ministerio del Sr. Mon abrigaba ó no temores acerca de la subordinación del ejército, el señor ministro de Ultramar no ha negado que los tenía. Sin embargo, yo puedo decir que en mi tiempo no ha habido la menor sublevación, y que siempre he respondido á S. M. de que el ejército cumplía lealmente con su deber. En cuanto á la falta de recursos, S. S. mismo la reconoció que eran muchas las atenciones públicas, y esto lo hemos visto también nosotros á nuestra entrada en el poder, siendo bien poco favorable el estado de la Hacienda.

Al discurso del señor ministro de la Gobernación sólo haré dos ó tres rectificaciones. Dijo S. S. que se opuso á la reforma de la Constitución del 37 porque la creía funestísima y la causa de los males ocurridos en España. Pues yo á mi vez juzgo que una reforma que introdujera al Senado, que eliminó el principio de la soberanía nacional y dio fuerza al poder público, es una reforma buena; y me parece que como tal la considera el ministro de la Gobernación cuando está gobernando con ella.

Ha tenido empeño S. S. en establecer diferencias entre los sucesos de la noche de San Daniel y los de Barcelona. Aparte de que no hace bien S. S. en debilitar la fuerza moral del poder público, sostengo que no hay semejanza diferencia, pues en Barcelona se hizo fuego sin que precediera bando alguno. Y aun que S. S. ha manifestado que el Gobierno desaprobó lo ocurrido, todos hemos visto en la *Gaceta* una Real orden, comunicada á la autoridad militar de Zaragoza, diciéndola que en la capital del Principado había habido energía y buenos resultados, y exhortándola á que siguiera el ejemplo de la autoridad de Barcelona.

El señor ministro de ULTRAMAR: No me ha entendido bien el señor duque de Valencia: lejos de reconocer yo como exacta la declaración que se atribuye al señor ministro de Hacienda de aquel tiempo, he dicho que nuestro compañero abrigaba completa confianza en los recursos de que disponía para levantar las cargas públicas.

El Sr. CORRADE: Dos palabras. Me ha preguntado el Sr. Posada Herrera si el señor Jovellanos era progresista. Si, señores: Jovellanos y Campomanes eran progresistas: se adelantaron á su siglo, echando los fundamentos de grandes reformas.

Dice S. S. que no he sido consecuente con mis principios porque en 1840 contribuí á la separación de muchos empleados. El hecho es cierto; pero también hay mucha diferencia entre la situación de una junta revolucionaria y la de un Gobierno constituido. Lo que no es exacto es que yo me pronunciara en las épocas á que S. S. ha aludido, y en 1854 no fui yo, fueron los amigos de S. S. los que me pronunciaron.

No quiero molestar más la atención de la Cámara.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Por lo mismo razón renuncio también á rectificar.

El señor marqués de VALDETERAZO: La comisión no admite la enmienda del Sr. Corradi.

El Sr. CORRADE: No habiendo sido mi objeto otro que el dar las explicaciones que ha oído la Cámara, retiro la enmienda.

El Sr. PRESIDENTE: Queda retirada. Se suspende esta discusión.

Se leyó por primera vez una proposición de los señores marques del Duero y otros sobre reforma del artículo 92 del reglamento.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Se levantó la sesión.

Eran las cinco y media.

VARIEDADES.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA.

RECONQUISTA DE MADRID.

CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

(Continuación.)

—¡Qué palabras! prosiguió aquella, casi adviniendo ya el pensamiento de su esposo.

—Estas, que también ahora voy á pronunciar, y dadas bien, porque ha llegado la hora de ponerlas por obra!

—¡Hablad!

—¡Antes que mis hijas sean juguete de esos sensuales bestias de Belai; antes que mancochas de esos «heroces hijos», mi acero traspasará los corazones de «Lucía y Clara»!

Margarita no pronunció el más ligero acento: antes de hablar Gracian comprendía el estado triste y comprometido en que se hallaban: veía lo que iba á ser de ellas en manos de sus enemigos, y no hallando remedio sino en la protección de la Virgen de Atocha, se entregaba á su égida, y la ofrecía gustosa su vida y la de sus hijas á que perder, ella su honor, y sus inocentes hijas la perla hermosísima de la virginidad.

Pasado un momento pronunció con acento desgarrador, dirigiéndose á la imagen de la Virgen:

—¡Sea así, Virgen María! ¡Por conservar tu pureza os ofrezco nuestra propia existencia! ¡Acógeonos bajo tu protección! Y abrazando á sus hijas que esta-

ban deshechas en llanto, dijo á Gracian con ánimo fuerte y valeroso:

—¡Puedeis comenzar ya el sacrificio, Gracian! ¡Una cosa os pido tan sólo!... ¡Sea yo la primera víctima!

Al pronunciar estos acentos, si alguno hubiera fijado sus ojos en el rostro de aquella preciosa imagen, hubiera notado en él una tierna y pura sonrisa, aquella sonrisa que forma en los cielos el encanto y la alegría de los ángeles.

Gracian Ramirez fuera de sí, ahogado por el peso de aquel acontecimiento inesperado, sin dar oídos más que al honor de aquellos tres seres tan queridos de su corazón, echó mano á su espada, y consumió el triste sacrificio!

¡Había cumplido, pues, su palabra! ¡Su acero desgarró tres golpes mortales sobre los cuellos de Margarita, Lucía y Clara!

—¡Ahora á morir nosotros! gritó con ronco acento precipitándose fuera de la ermita, teatro donde se acababa de representar tan horrible escena.

—¡Ruiz-Pérez!... ¡Pocel!... ¡Ordoño!... ¡A mí los valientes!... ¡Mi mujer y mis hijas han muerto!... ¡A nosotros nos toca ahora!... ¡pero sea haciendo pagar caras nuestras vidas al enemigo!

Todos se agruparon en torno del noble Gracian, que en aquellos momentos hubiera sido tenido por el dios de la guerra á no hallarse entre cristianos. ¡Tal y tan grande era la fuerza con que pronunció aquellas expresiones!

Mientras estaba Gracian en la ermita se habían reunido todos los nobles y pecheros que vagaban por aquellos contornos, y armándose cada uno de la mejor manera que les fué posible, se habían preparado para el combate.

El pajecillo, entrado de lo que pasaba y pensando en su María concebida un atrevido pensamiento y desapareció de la vista de todos gritándole:

—¡Dentro de unos momentos vendrán conmigo doscientos combatientes más que vengarán vuestra muerte!

—¡Por vida de los infiernos! gritaba Pericote tirándose de sus largas melenas: ¡Quién había de imaginar esto! ¡Pero no tengáis cuidado, malditos! decía mirando á los moros que estaban ya casi encima, ¡yo os juro que por ser hoy mi estreno, voy á destruir á más mil de vosotros! Y esgrimía una enorme barra de hierro, colocándose al lado de Ruiz-Pérez, Martín y Gracian.

—¡Oh! murmuraba este... ¡Garcés! ¡Garcés! veo tu obra. ¡Bien has sabido vengarte! ¡Carga sobre tu frente la sangre inocente ya vertida y la que ahora va á derramarse en estos campos!...

Sólo Martín había comprendido el sentido de estas palabras, y volviéndose á Ruiz-Pérez, le dijo:

—¡Ha llegado el momento de revelarles el nombre del asesino de nuestro padre!

—Martín... exclamó aquel admirado de aquel arranque de su escudero en la situación apurada en que se hallaba: ¿Quién es?

—Juan Garcés!...

—¡Garcés!

—¡España por la Virgen de Atocha! gritó con fuerza y desesperado acento Gracian Ramirez, acometiendo al ejército de Islem con aquel puñado de valientes.

CAPÍTULO XVIII.

En donde el autor, sin meterse á filosofar, demuestra el íntimo enlace que existe entre Nuestra Señora de Atocha y la Reconquista de Madrid.

Terrible fué el ímpetu con que se arrojaron aquellos hombres sobre los moros, y el choque con las filas agarradas sembró la muerte y la confusión en ellas. El ejército de Islem nunca llegó á creerse que tenía que luchar, sino solamente dar caza á aquel puñado de hombres. Véase por qué se llevó de asombro al sentir el empuje con que fueron acometidos.

Aquellos hombres, que contaban sólo con su valor y arrojo para salvar sus vidas de tan inminente peligro, si al acometer confiaban sólo en las fuerzas de la desesperación, ahora al observar el efecto que en el ejército de Islem había producido la primera acometida, sintieron brillar en sus almas la luz de la fe, y renacer en sus corazones una dulce esperanza.

Por lo que respecta á Islem, orgulloso con sus fuerzas, ni aun siquiera había colocado sus filas en orden de batalla. Al ver el corto número de enemigos con que tenía que luchar, una sonrisa asomó á sus labios desdenosa y despreciativa, pues había recordado las palabras que la noche antes le había dirigido Garcés.

Pero muy pronto aquella sonrisa se trocó en ceño, primero admirado, después en receloso, y por último desesperado cuando vio el valor de sus contrarios, el desfallecimiento y confusión de los suyos, y por último su completa derrota.

Media hora á lo más duraría el combate, Gracian Ramirez estuvo durante él siempre peleando, y animando á todos con su palabra y con su ejemplo á realizar prodigios de valor: cada golpe de su potente brazo segaba una vida: cada grito que su pecho lanzaba era un eco que despertaba en sus amigos nuevos ánimos.

Y los enemigos confusos, agrupados los unos á los otros, llenos de espanto, sin atender á las voces de Islem, y como aterrados por un rayo de los cielos, empezaron á desbandarse por el campo, y á tomar el camino de Madrid, contribuyendo lo excesivo del número al atropello y mortandad de no pocos.

Y ya no era la desesperación, ni la esperanza quien daba fuerzas á los cristianos; era la seguridad de que el cielo ponía en sus manos la victoria, y que esta vez la conseguían por un milagro que obraba la Virgen de Atocha.

Como explicarse el atolondramiento de los agareños ante un número tan corto de combatientes? ¿Ni qué pudieran conseguir unos cien hombres contra un ejército perfectamente armado, ó á no haber sido favorecidos por un auxilio sobrenatural?

En aquellos momentos una palabra resonó en el campo, y á ella se siguieron otras cien lanzadas por cien bocas como animadas por un mismo resorte.

—¡¡¡Madrid!!! gritó Gracian Ramirez, lleno de entusiasmo.

—¡¡¡Madrid!!! respondieron todos aquellos valientes.

Entonces tuvo lugar una retirada por parte de los moros; su confusión y atropello no reconoció límites, y sin obedecer á sus jefes se precipitaron unos en dirección á Madrid, y otros se despararraron por los campos. Pero se encontraron entre dos fuegos. Otro pelotón de cristianos apareció en el atochar, y llenos

de ánimo al observar admirados el resultado feliz del combate, y dirigidos por un niño, se arrojaron con encarnizamiento sobre el ya derrotado ejército del mal aconsejado Islem.

Jimeno venía al frente de aquellos hombres, que al saber en Rivas por el paje el funebre acontecimiento de la ermita, se habían armado á la ligera, y jurando vengar la muerte de Margarita y sus hijas, salieron del pueblo, resueltos á morir si necesario fuera por la salvación de Gracian y sus amigos.

Todos habían sido actos de heroísmo. —¡Malditos, gritó el paje acometidos; recibid el premio de vuestra traición! ¡A ellos!

Gracian Ramirez había visto la llegada de aquel refuerzo, y dejando paso á su galope tendido se dirigía hacia el lugar de la batalla.

Pero súbitamente se abren las filas de los cristianos y dejan paso á un ginete que á galope tendido se dirigía hacia el lugar de la batalla.

Tres gritos resonaron al mismo tiempo. Los tres habían salido de los labios de Gracian, Ruiz-Pérez y Jimeno, que apenas divisó á Gracian corrió á su encuentro y se colocó á su lado, después de haber acometido á los agareños.

Estos gritos pronunciaron una sola palabra, un solo nombre.

—¡¡¡Garcés!!!

—¡Garcés! pronunció Gracian, agolpándose toda la sangre al corazón, considerando que á su villanía y traición debía la pérdida de su esposa é hijas.

—¡Garcés! gritó Ruiz-Pérez, encontrándose cara á cara por primera vez con su más encarnizado enemigo, con el que había asesinado á su padre, y con el que le había arrebatado la única dicha que le restaba en la tierra, su prometida Clara.

—¡Garcés! repitió el pajecillo sin poderse dominar, pues acababa de saber en el pueblo que él había de haber sido el que inclinó á Islem á acometerlos, pues la noche anterior le habían visto volver de Madrid, á donde á pesar de la tormenta se había encaminado.

Y por un mismo movimiento aquellos tres hombres se olvidaron de que iban en seguimiento de sus enemigos más jurados, y se prepararon á luchar con Garcés.

Muy lejos estaba este de imaginarse lo ocurrido, pues jamás creyó que tan pronto se aprovechara el gobernador moro de las explicaciones y revelaciones de la noche anterior le había hecho.

Además de esto, regenerado ya aquel hombre hasta entonces tan villano y criminal, había formado el proyecto de manifestar al día siguiente á Gracian cuanto había pasado, para que viviese alerta contra Islem.

Dios le había tocado en el corazón.

El amor de padre había realizado en él un cambio súbito é inesperado.

Por eso al correr por Rivas la voz de lo que acontecía en el atochar, tembló por Ruiz-Pérez: mejor dicho, tembló por aquella hija á quien ya amaba aun antes de conocer.

—¡Ruiz-Pérez! peligras al exclamó herido en lo más delicado de su corazón; ¡corramos por si aun es tiempo! ¡Salvándole, salvo á mi hija!

Y montando en su caballo, salió á escape de Rivas y se dirigió al atochar.

—¡Gracian! gritó Garcés en el momento de aparecer en el campo.

—¡Garcés! le había aquel sin darle concluir la frase empezada. ¿Cómo villano y traidor te has portado! ¡Mas juro al cielo que vas á pagar con usura todos tus crímenes!

—¡Si, Gracian, tienes razón; muy criminal soy! Mil muertes merezco por mi conducta, exclamó con acento triste y lastimero.

—No; no creas que ahora van á engañarme las hipocresías: deléndale, porque tu última hora es llegada, le gritó poseído de furor.

—¡Mil veces no! ¡Jamas desenvainaré mi espada si no es para pelear con los enemigos de mi Dios y de mi raza!

—¿Qué dices! ¿Te darás aun valor para ocultar que tú eres el vil traidor que nos has tendido esta celada? Te conozco, Garcés; veo tu corazón, estoy leyendo en lo más íntimo de sus senos. ¿Quieres aun negarlo, al ver que el proyecto no ha salido como pensabas? Mira los agareños puestos en fuga para conservar las vidas.

—¡He aquí el misterio de tu presencia en el atochar! Ven á ser testigo de nuestra muerte, y como el cielo nos ha favorecido, no queréis aparecer ahora como traidor. ¡Deléndete, repítele!...

—¡No!... volvió á decir el así apostrofado. Oyeme Gracian. ¡Dios ha tocado mi corazón! Si es cierto que yo he llamado á los agareños, lo hice en un rapto de furor. ¡Si crees que mis palabras no son sinceras, mi conducta futura te probará que hablo verdad! ¡Por lo demás, si tus enemigos van en derrota, designio del cielo ha sido la idea que surgió por mi mente, pues ella te conduce ahora á la Reconquista de Madrid!

—¡Si le interrumpió indignado Gracian, y la reconquista me devolverá á mi esposa y á mis hijas!...

—¡Tu esposa y tus hijas!...

—¡Muertas están en la ermita, y á ti se deben esas muertes, maldito!...

—¡Deléndete, porque si no lo haces clavo mi acero en tu pecho!

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA LEON Y DOMÍNGUEZ.

MERCADO DE MADRID.

ENTRADO POR LAS PUNTAS EN EL DÍA DE AYER.

10403 arrobas de trigo.	
2948 arrobas de harina de idem.	
11157 arrobas de carbon.	
92 vacas que componen 38371 libras de peso.	
322 carneros que hacen 7081 libras de peso.	
301 cerdos degollados que hacen libras de peso 39554.	

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DÍA DE AYER.

	Real por vellón arroba.	Quarto 1024.
Carné de vaca.	49 á 53	26 á 36
Id. de carnero.	26 á 28	26 á 36
Id. de cordero.	26 á 28	26 á 36
Id. de ternera.	90 á 98	50 á 60
Despojos de cordero.	26 á 28	26 á 36
Tecino ahogado.	90 á 94	30 á 28
Id. fresco.	26 á 28	26 á 36
Id. en canal de cer.	62 á 66	26 á 36
Lomo.	26 á 28	45 á 60
Jamon.	124 á 134	51 á 60

Acetite.	66 á 68	18 á 20
Vino.	40 á 44	12 á 14
Pan de dos libras.	2 á 4	12 á 13
Carbanos.	44 á 64	19 á 20
Judías.	26 á 34	11 á 12
Arroz.	30 á 38	11 á 12
Lentejas.	19 á 23	8 á 16
Carbon.	7 á 8	2 á 3
Jabón.	65 á 68	21 á 26
Papas.	5 á 6	2 á 3

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo.	de 33 á 43	Rs. 72.
Cebada.	de 22 á 28	Id.
Algarroba.	de 2 á 22	Id.

FONDOS PUBLICOS.

	CAMBIO AL CORTA MO.	
	Publicado.	No publicado.
Titulos del 3 p. g. consolidado.	37-40	
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. g. i. i.		
Titulos del 5 p. g. consolidado.	34-50	
Inscripciones en el Gran Libro.		
Materia del Tesoro preferente con interes.		
Idem no preferente, con interes.		
Idem sin interes.		
Participes legos convertibles á 3 p. g. i. i.		
Idem del 4 y 5 por 100.		
Deuda amortizable de primera clase.		
Idem amortizable de segunda idem.	20-00	
Deuda del personal.		18-75
Boletines hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interes anual.	88-25	

ACCIONES DE CARRETERAS DESECUAS, 3 p. g. ANUAL.